

Selección



RALPH BARBY

LA TRAGEDIA DE LA METEMPSICOSIS



ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

432 — Madame Guillotin, *Frank Caudett*.
433 — Cita en el invernadero, *Lou Carrigan*.
434 — Estudio en negro, *Curtis Garland*.
435 — Un diablo bajo la alfombra, *Clark Carrados*.
436 — Seis cadáveres en potencia, *Joseph Berna*.

RALPH BARBY

LA TRAGEDIA DE LA METEMPSICOSIS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 437
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 16.199 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Después de colgar el teléfono, míster Howard se frotó las manos; aquél no iba a ser un funeral nada corriente.

Se puso frente a sus máquinas de oficina, calculó precios y arregló una factura. Al final, los números debieron parecerle muy atractivos, porque les dedicó una sonrisa afectada que solía aparecer en su rostro, siempre bien afeitado y coronado por unos cabellos lacios y engomados.

—Ya era hora de que cayera en mis manos un buen pájaro.

—Mister Howard...

—Ah, hola, Agnes.

La muchacha era joven, muy joven, terriblemente joven para el estado que ofrecía con su avanzado estado de gestación.

—Tengo el frac listo.

—Magnífico, eres una buena modista.

—En este caso, sastresa, míster Howard.

—Sí, claro. ¿Y cómo te sientes?

—Bien, bien.

—¿Cuándo te toca?

—Dentro de dos semanas, míster Howard.

—En ese caso, no debes hacer muchos esfuerzos, Agnes.

—No los hago, míster Howard; coser no es pesado y además me gusta.

—Magnífico, magnífico.

Se levantó de detrás de la mesa y quedó en evidencia su baja estatura. La propia Agnes, con su juventud, era ostensiblemente más alta que él, casi le llevaba la cabeza pese a que el propietario de la funeraria Happy New Life utilizaba tacones supletorios en sus zapatos, tacones que quedaban disimulados por unas perneras de pantalones muy largas.

—¿Vendrán los mozos?

—No tardarán; será mejor que lo vistamos entre tú y yo.

—¿Ahora?

— Sí.

—Es que yo...

—Vamos, vamos; soy bajito pero ya sabes que tengo mucha fuerza. Yo lo moveré y tú lo coserás, me refiero al frac, claro.

—Lo que usted diga, míster Howard.

Se dirigieron al frigorífico. Míster Howard tomó el asa del cajón número doce y estiró de él haciendo aparecer el cadáver congelado que se conservaba en el frigorífico de la funeraria que ocupaba todo un panel de pared. El cajón trece no existía.

—Míralo, es una especie de brujo.

—¿Brujo?

—Bueno, el cabecilla de una secta religiosa o algo parecido; pero todos

morimos un día u otro. A ti no te da miedo la muerte, ¿verdad?

—Pues no me gusta —dijo, vacilando un poco.

—No te irás a marear ahora...

Agnes cerró los ojos y míster Howard se apresuró a cogerla antes de que se derrumbara al suelo y la sentó en una silla.

—Espera, no te muevas; te traeré algo que te reanimará.

Agnes permaneció sentada en la silla mientras su patrón, el propietario de la funeraria, se alejaba y desaparecía de la fría y aséptica sala.

El cajón para la conservación de cadáveres seguía abierto y dentro de él yacía el cadáver de aquel desconocido, cubierto con un sudario que dejaba el rostro, al descubierto.

Agnes no conocía ni había visto jamás a Boroniev, ni vivo ni muerto. Había ayudado a vestir a otros cadáveres, mas nunca se había sentido tan mal como en aquella ocasión.

Se fijó en el rostro de Boroniev, surcado por arrugas y algunas cicatrices. Debía haber muerto a una edad indefinida. Sus cabellos eran negros, largos, y un bigote de guías largas semejaba dividir el rostro en dos.

Aquel bigote realzaba al mismo tiempo los ojos y la mandíbula, aunque sus ojos se hallaban ahora ocultos por los párpados cerrados.

Aquel hombre, ya cadáver, tenía una talla nada corriente.

Era extremadamente alto y Agnes ya lo había observado así al ver las medidas del frac.

A Agnes, aquella profesión de componer ropas para cadáveres no le gustaba nada, pero su madre la había estado practicando a lo largo de su vida y ella la heredó tras la prematura muerte de ésta.

—Aquí está. Anda, abre la boca.

—No, no me apetece el whisky —protestó.

—Vamos, vamos, Agnes; ya sé que estás traumatizada por el alcoholismo que padeció tu madre, pero esto no te perjudicará.

Agnes cedió; se sentía sin fuerzas y tomó el whisky que le ofrecía míster Howard hasta toser.

—Tan niña y... En fin, ¿cómo fuiste tan tonta de dejarte embarazar?

Agnes bajó la cabeza, no quiso responder.

—Por favor, míster Howard, ¿no sería mejor esperar a que vinieran los ayudantes?

El miró su reloj y aceptó, aunque a desgana.

—Bueno, a ver si se pasa pronto esto de los mareos. Tonta, tonta —le reprochó, paternal—. Yo te hubiera cuidado mejor que nadie, a mi lado hubieses tenido de todo.

—¿A su lado?

—Claro, a mi lado. Eres muy bonita, maravillosamente ingenua, no te habría faltado de nada.

—¿Me está diciendo que debiera haberme acostado con usted?

—Si te has acostado con otro, ¿por qué no conmigo?

—Usted, usted está casado, míster Howard.

—Eso no tiene importancia, yo te hubiera cuidado como nadie. Ahora no tendrías esa barriga, claro que si me hubieses hecho caso ya estarías libre del paquete y ya ni te acordarías. Por cierto, ¿cuántos, cuántos han sido...?

—Por favor, míster Howard —le cortó, molesta—. Además nunca, nunca hubiera abortado.

—Bueno, de todo eso ya habrá tiempo para hablar.

Sonó el llamador musical.

Míster Howard suspiró, dejó a Agnes sola y se fue a recibir al proveedor de flores.

Agnes no tenía deseos de levantarse, se sentía fatigada y agradecía que míster Howard, antes de salir, hubiera encerrado de nuevo el cadáver en el frigorífico.

Notó el whisky dentro de su cuerpo y hasta ella llegó el olor fuerte de las llores que llenaban la capilla de la funeraria, una capilla con alcayatas disimuladas en las cortinas, pues en éstas se colgaban las imágenes o símbolos que hiciera falta, ya que la religión de los parientes del muerto resultaba difícil de prever.

A Agnes le gustaba el olor de una flor, pero tantas juntas y máxime las que se llevaban a la funeraria, era demasiado para las condiciones en que se hallaba.

Se dirigió al patio posterior de la funeraria y allí respiró el aire de la tarde.

Toda la pulcritud que míster Howard tenía dentro de las dependencias faltaba en aquel patio, pero allí no se respiraba el fuerte aroma de las flores recién llegadas y las marchitas ya se las habían llevado.

Miró el cielo, le hubiera gustado que fuera de noche para ver las estrellas. De pronto, Agnes se sintió tremendamente desgraciada.

Cuando llegaron los hombres que míster Howard solía contratar por horas para que le ayudaran a mover cadáveres o pesados ataúdes, vistieron a Boroniev.

La camisa, los pantalones, todo estaba hecho a piezas para que pudieran colocárselas y coserlas por encima, ya que estando congelado sus articulaciones no se podían mover.

Agnes, ya repuesta y pese a su avanzado estado, trabajó bien cosiendo las ropas. Después, el larguísimo cadáver de aquel desconocido, un brujo según míster Howard, fue colocado dentro de un pesado ataúd.

—Ha quedado listo para ir a la ópera —ironizó uno de los mozos, un hombre fuerte que no tenía un coeficiente de inteligencia muy alto.

Míster Howard, como si fuera el anfitrión que va a dar una fiesta, miró a su alrededor controlando todos los detalles: Flores, luces, el cadáver bien acicalado y vestido, el doble y lujoso féretro, de ciprés y de caoba...

—Magnífico, todo magnífico.

Los dos mozos desaparecieron y fueron llegando los automóviles del funeral.

Ante la sorpresa de míster Howard, acudió más gente de la que esperaba. No eran gentes vulgares de una comunidad aburguesada, eran personas enigmáticas.

Nadie vestía de negro, blanco o lila en la forma consabida. Mujeres y hombres lucían ropas extrañas y podía decirse que ninguno de ellos vestía igual.

—¿Míster Howard? —le interpeló una mujer alta que se cubría con una larga capa de color rojo oscuro.

—Sí, yo mismo, madame Sapiniére.

Míster: Howard sintió dentro de sí una gran satisfacción; a aquella mujer era a quien tenía que entregar la factura. No sabía si era realmente francesa, canadiense, de! sur de los Estados Unidos o belga, pero se le notaba el acento galo.

—¿Está todo a su gusto?

—Sí, no está mal, algo pequeña resulta esta capilla.

—Creo que los asistentes que lleguen cabrán. ¿Han de celebrar alguna ceremonia religiosa? Lo pregunto porque en su encargo no hacía referencia a ella.

—Sí, claro que llevaremos a cabo una ceremonia.

—Tengo teléfonos de sacerdotes de todas las religiones conocidas a disposición de ustedes. Dígame de qué religión se trata y antes de media hora tendremos un oficiante aquí.

—No, no hace falta. Usted me dará las llaves de la funeraria, saldrá de aquí y volverá dentro de dos horas.

—¿Cómo dice? —se asombró.

—Que me deje las llaves de la puerta y márchese, dentro de dos horas regresa. La ceremonia religiosa la celebraremos nosotros en privado, traemos nuestro propio oficiante.

—Lo siento, madame, pero no puedo abandonar mi funeraria.

Aquella mujer, que debía ser más vieja de lo que aparentaba su rostro, miró directamente a los ojos de míster Howard; había dureza en su mirada, en su trato.

—¿A cuánto asciende la factura de todo esto?

—Pues la factura está en mi despacho; luego, si lo desea...

—No se haga el estúpido y dígamelo, estoy segura de que sabe a cuánto asciende.

Míster Howard soltó la cifra y ella, sin inmutarse pese a que era elevada, sacó de su bolso el talonario de cheques. Rellenó uno por el doble de la cifra que acababa de oír y se lo entregó, preguntando:

—¿Es suficiente?

Los ojos de míster Howard brillaron al leer el número.

—Sí, claro. Mire, ésta es la llave de la puerta, nadie les molestará. Yo estaré en el Snack que hay al otro lado de la calle.

—Muy bien —aceptó ella, arrastrando su acento francés—. Un momento...

—¿Sí? —preguntó míster Howard cuando la enigmática mujer le poma la mano en el hombro.

—¿Quién es esa joven?

—Ah, es Agnes: ya le diré que salga. Ella se ocupa de las ropas de los cadáveres.

—¿Y su marido?

—¿Marido? No está casada.

—Lo decía por su embarazo evidente.

—Sí, le falta poco para dar a luz.

—¿Y qué opinan sus padres?

—Nada, es huérfana. Por cierto, si desean embalsamar el cadáver, tenemos al mejor especialista. Normalmente, ese trabajo lo hago yo, pero para casos especiales puedo disponer de un especialista muy bueno.

—No se moleste, del embalsamiento nos ocuparemos nosotros. Cuando termine la ceremonia nos llevaremos el cadáver.

—Como deseen, iodos las documentos están en regla.

A míster Howard no le gustaba nada dejarles la llave, pero el cheque había resultado demasiado jugoso para oponerse.

Se llevó a Agnes y ambos salieron. Las puertas de la funeraria se cerraron y ellos pidieron unos sándwiches en el snack de enfrente.

—Con mostaza te sentará mejor, Agnes; hazme caso.

—No me gusta.

—Pruébalo.

—No me agrada esa gente, míster Howard —musitó de pronto.

—Bah, son gente estrafalaria, nada más. El tal Boroniev debía ser el jefe de su secta.

—¿Se ha fijado en ellos?

—Sí, me he fijado en que no les falta un dólar para vivir.

—Pienso que son gente perversa.

—¿Perversa? —Se echó a reír—. Vamos, vamos, tienes demasiada imaginación —la atajó, pensando en su jugoso cheque.

Pasó el tiempo y vieron abrirse de nuevo las puertas de la funeraria.

El pesado ataúd fue sacado y metido en un furgón rojo, sin ninguna inscripción que le identificase. El resto del séquito estaba formado por automóviles tan lujosos como potentes.

—Ya se van, Agnes, la fiesta ha terminado. Vamos.

Regresaron a la funeraria. En la puerta habían quedado las llaves, llaves que míster Howard tomó.

Agnes, nada más entrar, al quedar frente al hueco dejado por el ataúd entre las flores, se sintió fuertemente mareada y se derrumbó sobre sí misma.

—¡Agnes!

CAPITULO II

Agnes salió del consultorio de tocoginecología. La gestación tocaba a su fin y todo parecía ir bien. Sin embargo, la joven no estaba contenta, se sentía hastiada de su situación.

—¡Agnes!

Se volvió. En la acera estaba un joven con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones.

— Tommy.

Se acercó a ella moviendo la cabeza de un lado a otro como si ésta le pesara, como si no tuviera fuerzas para mantenerla erguida.

—¿Cómo te va, Agnes?

—Ya ves.

Tommy observó el abultado vientre de la muchacha que las ropas no conseguían disimular. Luego, sin dejar de mover la cabeza, clavó su mirada en la calzada.

—¿Por qué no fuiste a...?

—No he querido.

—¿Miedo?

—He oído decir que algunas se mueren.

—Bah, eso es para asustar.

—Tú tienes la culpa.

—No he sido el único.

—¡Cerdo!

—Si me insultas, me voy.

—¿Encima he de callar yo?

—Verás, quien lleva el bombo...

—A vosotros os es muy fácil y todo el follón para nosotras.

Ella había echado a andar con el mentón alto y los ojos húmedos. Tommy la seguía un par de pasos atrás, moviendo la cabeza como una tortuga y las manos en los bolsillos.

—¿Te hace falta dinero?

—No.

—¿Seguro?

—Lo gano trabajando; ya sabes que soy modista.

—Ya, modista de cadáveres, como tu madre.

—A mucha honra.

—Dicen que tu madre bebía para no ver la cara de sus clientes.

—Si pudiera, te partiría la boca.

—A mí me gustaría que tuvieras otro trabajo.

—¿Y a ti qué te importa?

—Bueno, ¿no dices que soy el padre?

—Pues no se nota.

—Sí, ya sé que lo que tú quieres es que me case. ¿Y para qué serviría?

—Vete a la mierda —le dijo ella, acelerando el paso.

—Ya sabes que mi familia...

—Tu familia es una, una...

Estalló en sollozos y echó a correr. Dobló la esquina con los ojos anegados en lágrimas cuando se sintió cogida por los codos, casi izada en el aire e introducida en un vehículo.

—¡Agnes, espera, no es para tanto! —le gritó Tommy, que corrió sin llegar a sacar las manos de sus bolsillos.

Al llegar a la esquina, se quedó parado mirando a un lado y a otro.

—¿Dónde se habrá metido?

Un furgón blanco, estacionado junto a la acera, se puso en marcha suavemente. Al volante había un hombre. Tommy ni se fijó en él.

—Diablos, ni que se la hubiera tragado la tierra.

* * *

Agnes abrió los ojos con la sensación de que su cuerpo carecía de fuerza. A su lado, un hombre la observaba con gravedad; acababa de apartar una jeringuilla de su brazo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy?

—Está llegando el momento del parto.

—¿El parto?

—Sí? va a dar a luz.

—Sí, mi hijo, mi hijo...

Quiso alargar sus manos para llevárselas al vientre, pero no lo consiguió; estaban atadas con correas a una especie de camilla.

—¿Estoy en la clínica?

—Sí.

—¿Dónde...? ¿Dónde está el doctor Johnson?

—Ha tenido' que salir. No se preocupe, todo irá bien —le dijo aquel hombre que no parecía haber sonreído jamás.

Pudo escuchar cuchicheos. Agnes se dijo que aquel rostro lo había visto antes en alguna otra parte, pero no recordaba dónde. Otro hombre se situó detrás de su cabeza y empujó la camilla.

Un fuerte olor a flores le produjo mareo cuando ya padecía los dolores periódicos del parto.

Entró en una sala desconocida que le pareció muy semejante a la capilla funeraria.

—¿Dónde estoy? Esto no es la clínica...

Había una doble hilera de gruesos y altos cirios rojos, todos encendidos.

Agnes se sentía cada vez peor, más no podía moverse. Le pareció ver un ataúd y se dijo que era producto de su imaginación.

Mientras empujaban la camilla articulada por entre la doble hilera de

cirios, alguien dijo en voz baja:

—Así, así está bien.

—No me gusta este lugar —musitó Agnes con un ligero temblor en su boca. No le gustaban aquellas velas, no le gustaban tantas flores—. ¡Aaaayy!

—¿Cuánto intervalo hay en este momento? —preguntó una voz cascada de mujer.

—Falta muy poco.

—¿Podemos comenzar? —insistió la voz femenina.

—Sí, se puede comenzar.

Delante del rostro de Agnes levantaron como una pequeña pantalla que le impedía ver hacia adelante.

—¿Quién...? ¿Quién es el doctor o la comadrona?

—No se apure, todo irá bien.

—Quiten las velas, por favor, quítenlas, no me gustan —suplicó Agnes sin que nadie le hiciera caso.

Comenzó a sonar una música de órgano. Era fuerte y lúgubre al mismo tiempo y su volumen era tan alto que penetró hasta lo más hondo de su cerebro.

Poco después, un coro de voces inició un cántico que la desasosegó, no le agradó en absoluto. Por otra parte, tampoco sabía qué significaban aquellas palabras desconocidas para ella.

Escuchó un ruido por debajo de ella y tuvo la impresión de que alguien levantaba como una tapa de ataúd.

—Esto es una pesadilla, tiene que ser una pesadilla.

Apenas veía los rostros al otro lado de las velas; pero tuvo la impresión de que cerca de ella, presenciando el parto, había mucha gente.

Recordó haber oído contar que si acudía a la beneficencia, muchos alumnas de Medicina presenciarían el parlo e incluso llegarían a intervenir en él. Aquello la había asustado.

—Un poco más de fuerza —le pidieron cuando su rostro se empapaba de sudor y alguien le pasaba una toalla, secándoselo.

Cuando sintió que sus entrañas se desgarraban, gritó con toda su fuerza y luego quedó exhausta. Su grito se había confundido y disuelto con las notas del órgano y los lúgubres cánticos.

Aturdida, escuchó el llanto de una criatura y fue entonces cuando los cánticos elevaron su tono e incluso el órgano.

Sintió un pinchazo en el brazo, miró y descubrió a una mujer que no sonreía.

—¿Y mi hijo?

—Duerma.

—¿Es niño a niña?

— Duerma.

Quiso protestar, pero la lengua comenzó a trabársele. Perdió el sentido y se sumergió en una pesadilla infernal. Los llantos de una criatura se tornaron

alaridos espeluznantes arropados por carcajadas diabólicas, mientras una sombra que no era humana se debatía en medio de rojos y verdes oscuros.

Agnes tenía la impresión de que se hundía, de que era devorada por una ciénaga de aguas fétidas e hirvientes que la quemaban mientras columnas de vapor hediondo la envolvían.

Abría la boca para gritar y no conseguía que la voz surgiera de su garganta para clamar ayuda. Agnes ignoraba que su alumbramiento había formado parte fundamental en una ceremonia macabra, una ceremonia que habría horrorizado al más escéptico, frío e incrédulo de los mortales.

CAPITULO III

El automóvil, tipo ranchera, contenía una caja de dos metros de larga por unos setenta centímetros de ancha y unos cincuenta de alta.

El vehículo se hallaba estacionado bajo un farol que despedía una luz tenue. De un bar cercano, un hombre acababa de salir con una botella en la mano.

Se le notaba una total inseguridad al andar, vacilaba, iba de un lado a otro.

—Si no estuviera tan borracho, diría que esto parece un ataúd.

Bebió un trago largo delante de la ranchera; luego siguió andando haciendo eses por la acera.

La calle se veía terriblemente solitaria. Pero aquel beodo ni se daba cuenta de la soledad. Su mente estaba llena de personajes. Sin embargo, pudo oír un ruido que le obligó a volverse. Tuvo la impresión que había alguien detrás de él.

—¡Aaaaaaaggh!

El borracho cayó al suelo, la botella se hizo pedazos y el poco whisky que contenía se desparramó mientras la sangre salpicaba también el enlosado de la acera.

Una figura de movimientos inseguros pasó como una ráfaga de viento por aquel lugar.

Poco después, el automóvil que transportaba la larga caja de madera abandonaba el estacionamiento y, sin prisas, se alejaba del lugar.

Nadie parecía haber oído el grito de horror y agonía de un borracho que ahora yacía con la garganta completamente destrozada en un suelo encharcado de sangre. Sólo el ataque de una bestia salvaje y monstruosa podía haber producido tan terrible destrozo en la garganta de un hombre.

* * *

—Chico, esta noche tienes cara de muerto.

El hombre que estaba acodado en el mostrador, frente a una taza de café, volvió su rostro para mirar el de la mujer.

—Será que tengo problemas —respondió, casi indiferente.

La mujer, que tenía el cabello excesivamente rubio, los labios subidos de color con carmín y un cigarrillo entre los dedos, le puso una mano en el muslo.

—Yo sé cómo hacer que olvides tus problemas.

—Estaba pensando qué era mejor, si estrellarme contra un camión o tirarme por la ventana.

—Vaya ánimos que te gastas —runruneó la mujer de vida nocturna.

—He encontrado a mi mujer en la cama con...

—¿Con tu mejor amigo? Se echó a reír, sarcástica, para luego poner el

pitillo en su boca.

—No, con su amiga.

—¡Vaya! —Rió ahora de una forma estridente—. Aunque, después de todo, eso no es nada nuevo, hay más de las que supones, lo que pasa es que es más difícil descubrir a una homosexual que a un gay.

—Que se vaya a la mierda y que se quede con su amiga.

—Vamos, vamos, si yo fuera tú, no haría tonterías.

—Eso es lo que pienso. Si me estrello con el coche, encima ella cobrará el seguro.

—Menos mal que piensas. Además, no merece la pena reventar por lo que cuentas. Yo puedo darte la solución que necesitas.

—¿Ah, sí?, ¿cuál es la solución?

—Ya te lo diré luego.

—¿Luego?, ¿cuándo?

—Ven conmigo y te despejaré la mente.

—¿Te lo creerás si te digo que no he ido con ninguna otra mujer?

—No me extraña; tienes cara de no haber gozado nunca.

—¿De veras?

—Anda, ven conmigo; empezarás a aprender y te daré la solución que te hace falta. En esta vida hay que tener muchas tragaderas y no hacerse mala sangre. Anda. —Y le cogió de la mano.

La mujer lo sacó a la calle y riendo se lo llevó caminando por la acera.

—No sé si...

—Anda, no seas idiota. Sólo faltaría que después de pegártela encima le fueras fiel.

—Lo malo es que todavía la quiero.

—Sólo falta que te eches a llorar, menos mal que no has bebido.

—Me parece que nos sigue alguien —observó él, volviéndose de pronto.

La furcia soltó una sonora carcajada.

—Sí, la policía. Estás traumatizado. Menos mal que estoy yo para que no caigas en manos de un psiquiatra, te saldría más caro.

Lo entró en el vestíbulo de una sórdida escalera.

—Anda, sígueme de cerca y podrás ver mejor mi culo.

—¿Seguro que no nos sigue nadie? —insistió el hombre, receloso.

—¿Quién nos va a seguir?

—No sé, quizás tu chulo.

—Bah. Anda, sube.

Fueron subiendo pisos y pisos. El hombre jadeaba ya y preguntó:

—¿Falta mucho?

—El ascensor está estropeado. .Dicen que un día de éstos lo han de cambiar.

Se apagó la luz de la escalera, dejándoles a oscuras.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó la mujer, ya molesta.

—¿No hay un pulsador para volver a encender la luz?

—Sí, pero funciona cuando le apetece.

—Si todo en este edificio está igual, será mejor que lo derriben.

—Sí, creo que sí; es lo mejor, mientras me indemnicen. El apartamento es mío, ¿sabes? Anda, cógete a la baranda y llegarás arriba.

—¡Aaaaaaagh!

La mujer quedó quieta ante aquel alarido. Después escuchó un golpe sordo.

—¿Estás...?, ¿estás ahí? —inquirió casi ahogándosele la voz, notando que toda ella se helaba.

Como respuesta oyó una respiración forzada que cada vez se acercaba más a ella.

—¿Quién...?, ¿quién es?

La buscona trepó corriendo por los escalones, pero aquella respiración casi cavernosa la seguía. Se apresuró a sacar la llave para abrir la puerta, pero la oscuridad le impedía acertar con el agujero de la cerradura que aseguraba la puerta de su destartalado apartamento

La fuerte respiración que se asemejaba a la de una fiera llegó hasta el rellano. La mujer lo notó y volvió la cabeza sin ver nada.

—¿Quién es?, ¿quién es? ¡Socorro, auxilio! ¡Aaaaagh!

Se abrieron dos puertas y alguien preguntó:

—¿Qué pasa?, ¿quién ha gritado?

—Será la zorra de arriba —masculló una mujeruca, con la puerta abierta, pero con la cadena puesta.

Minutos más tarde, no lejos de aquel lugar, un automóvil del tipo ranchera y llevando una larga caja en su interior, se alejaba lentamente, sin prisas aparentes.

Las nubes que cubrían el cielo de la ciudad comenzaron a descargar una lluvia fina que charoló el asfalto.

CAPITULO IV

El psiquiatra doctor Potters, director del centro psiquiátrico dependiente del Estado, lo que equivalía a decir que era de beneficencia y ubicado en unas antiguas instalaciones que deprimían más que ensanchaban el espíritu, acabó de leer la carta que sostenía entre sus manos.

Después levantó su mirada para clavarla en el hombre que se hallaba al otro extremo de la mesa.

—Es una carta muy interesante.

—Lo que cuenta en ella es fantástico —opinó míster Howard.

—Es el fiel, reflejo de una mente alucinada. La enferma que ha escrito esta carta vive en un mundo irreal, es una esquizofrénica crónica. Sus palabras no pueden valorarse objetivamente, están muy lejos de la realidad.

—Esa mujer, hace más de veinte años, trabajó en mi funeraria, heredando el empleo de su madre.

—Y por lo que sé de su madre, ésta murió alcoholizada.

—Así es.

—Se puede decir que la evolución de la enfermedad es lógica: Un matrimonio roto, penurias económicas, madre alcoholizada y una labor digamos que un poco...

—Desagradable; puede decirlo, doctor.

—Exactamente, desagradable.

—Pero alguien tiene que hacer ese trabajo.

—Sí, tiene que haber basureros, limpiadores de cloacas, y enterradores y, cómo no, embalsamadores y personas que puedan vestir a los cadáveres para que estén presentables en el funeral. Mas, para una niña, todo eso es grave, demasiado pronto para entrar en contacto con la muerte, su mente debió perturbarse.

—Quedó embarazada, el caso es que no iba a casarse y...

—¿Conoció al joven?

—Creo que fue un tal Tommy. La verdad es que me ha costado mucho esfuerzo recordarlo, pero mientras viajaba hacia aquí en mi automóvil he tenido tiempo de pensar en esta situación, en lo ocurrido y en Agnes. Esa muchacha desapareció de mi vida sin decir nada.

—¿Sin decirle nada?

—Absolutamente nada. Fue como si se la hubiera tragado la tierra. Debido al estado en que se hallaba, pensé que habría querido esconderse o cambiar de vida o de residencia. Yo continué mi vida normalmente hasta que, al cabo de más de veinte años, me llegó esa carta que usted acaba de leer.

—Una carta que puede servir para estudiar mejor a la paciente. Verá, esa mujer se ha encerrado en el mutismo. Por eso ha permanecido muchos años aquí, sin recuperarse. La mayoría de los pacientes, tras un tratamiento adecuado, abandonan el hospital; pero siempre hay casos recalcitrantes,

máxime cuando estos enfermos o enfermas no tienen a nadie a quien recurrir al salir del centro.

—Agnes no tenía a nadie.

—Lo sabemos.

—¿Por qué cree que me ha escrito?

—Quizás ha tenido algún momento de lucidez y le ha recordado. Ha debido pensar que usted es su único punto de conexión con el mundo exterior.

—Hace tantos años... Yo he cambiado, incluso estoy buscando a alguien que compre mi negocio para retirarme y dejarlo estar. Mi mujer murió hace algunos años y ahora vivo con mi hija. A ella no le gusta la funeraria. Alguien tiene que hacerlo, pero a ella no le gusta y no va a seguir con el negocio, por lo que he decidido vender. En fin, no sé por qué le explico todo esto.

—Quizás usted podría ayudar a la paciente. Es su único punto de contacto con el mundo exterior.

—¿Cómo está realmente?

—Digamos que prematuramente envejecida. No es ninguna anciana, por supuesto, pero aparenta más años de los que tiene. Si saliera de aquí y se ocupara más de su aspecto físico, mejoraría mucho.

—¿Me está pidiendo que la saque del centro, doctor?

—Míster Howard, esa mujer ya no conseguirá mejorar aquí. Se ha intentado todo a lo largo de muchos años y es como si ella ya no deseara abandonar este recinto; por lo menos no quería hasta que he leído esta carta.

—Pero la carta, como usted mismo ha dicho, es fantástica.

—Sí, porque tomar en serio esa historia de que fue raptada, llevada a una especie de ceremonia satánica y que la obligaron a dar a luz sobre un ataúd...

—Creo que estaba influenciada por tantos ataúdes como ya había visto pese a su juventud, ataúdes y cadáveres.

—Sin duda alguna.

—Luego cuenta que amamantó a la criatura y es curioso que siempre la llame criatura, ni varón ni hembra, sólo criatura y que luego un día despertó en mitad de un bosque, sin saber adónde ir.

—Sí, eso consta en su ficha. Vestía ropas impersonales y carecía de documentación. Había sufrido un gran shock y tenía períodos de angustia y depresión. Estuvo llamando a su criatura, como dice la carta, durante varios años. La buscaba hasta en los cubos de basura y en los lugares más inverosímiles y absurdos.

—Pero ¿esa criatura existió?

—Creemos que sí. Pero debió abandonarla en alguna parte y luego se olvidó de ella, creando en su mente un sentido de culpabilidad, aparte de su natural sensación de ser perseguida y raptada.

—¿La criatura pudo morir?

—Si la abandonó es posible que muriera o bien alguien pudo recogerla. Creo que este punto no lo llegamos a aclarar jamás.

—Pobre Agnes. Yo la apreciaba mucho. Por eso le di el empleo que había

tenido su madre, no pensé que la afectara tanto. ¿Qué podía hacer yo, si ella se quedaba sin dinero y sin nadie que la protegiera?

—Le comprendo, míster Howard. —Le devolvió la carta, hizo una llamada a una enfermera y luego le pidió—: ¿Puede, acompañarme?

—Sí, cómo no.

Míster Howard se puso en pie. Era enormemente bajito comparado con el psiquiatra; además, se ayudaba con una muleta de aluminio; una de sus piernas se negaba a sostenerle con la debida firmeza.

Míster Howard se peinaba muy bien sus cabellos, ahora casi blancos.

Cuidaba mucho su aspecto general; pero ya la vejez había hecho mella no sólo en su rostro cargado de arrugas, sino en todo su cuerpo que había perdido vitalidad.

Ayudado por su muleta de aluminio, siguió al doctor Potters, que le condujo a una salita. Una enfermera se presentó acompañando a una mujer extremadamente delgada, de cabellos canosos y desordenados.

Tenía los ojos hundidos y la boca como anquilosada. Su rostro reflejaba amargura, miedo.

—¿La reconoce?

Míster Howard se caló unas gafas que había sacado del bolsillo superior de su chaqueta y la observó con atención.

—Agnes, Dios mío; cómo cambiamos con el tiempo.

El psiquiatra se percató de que míster Howard la veía muy envejecida. No era ya la joven hermosa que un muchacho con miedo a las responsabilidades dejara encinta. No había belleza en aquel rostro, en aquella figura huesuda.

Los labios de la enferma temblaron de forma ostensible antes de musitar quedamente:

—Míster Howard.

—Le ha reconocido —dijo el psiquiatra, complacido.

—¿Cómo estás, Agnes?

La enferma respondió temblándole la boca.

—Bien.

—¿Te gusta estar aquí?

Antes de responder, miró al médico; éste, sonriendo, le pidió:

—Puedes decir la verdad; nadie te lo reprochará.

—No.

El doctor dijo entonces:

—Habla muy poco, pero sabe llevar a cabo todos los menesteres de un hogar. Puede ser muy útil si se lo propone. ¿No es cierto, Agnes?

—Sí.

Míster Howard vaciló; al fin, preguntó:

—¿Te gustaría venir conmigo?

—¿A coser ropas, ropas para muertos?

—No, Agnes, eso se acabó. Un día de éstos venderé la funeraria; pero además ya tengo un hombre, un sastre que hace ese trabajo. Sería para ayudar

en mi casa.

—Sí, sí me gustaría.

—¿Qué opina usted, doctor?

—Puede marcharse. Le recomendaré un amigo mío para que la visite periódicamente y de este modo todo irá normal. Por supuesto, si surge algún problema, bastará con que me telefonee para que pasemos a recogerla. Lo cierto es que ella mejorará mucho al aire libre, lejos de este recinto, llevando una vida normal cerca de alguien a quien conozca y en el que pueda confiar.

—¿Y ese alguien soy yo?

—Sí, míster Howard.

—Bien. ¿De qué sirve ser egoísta a mi edad? Si puedo ayudarla, lo haré.

El director del centro dio unas órdenes respecto a Agnes y luego habló con míster Howard mientras esperaban en la salita, cerca del vestíbulo de entrada.

—Al principio deberá tener un poco de paciencia con ella hasta que se readapte.

—Doctor, no sé si voy a cometer una locura o a hacer algo que es correcto; no lo sé.

—Le aseguro que hace un bien, míster Howard.

—¿Y ella no puede tener algún ataque violento? Me refiero a que pueda resultar peligrosa para mí o para mi familia.

—No consta ninguno en su historial. Es tan probable que uno de esos accesos de violencia lo tengamos usted o yo como la propia Agnes. Eso sí, evítele el tráfago de los automóviles al principio. Ha vivido mucho tiempo encerrada aquí y no sabe lo que es un atasco de circulación. El mundo ha cambiado en estos veinte años.

—¿Y la televisión?

—La ve normalmente.

—Doctor, se me hace muy cuesta arriba preguntarle algo...

—Dígalo con confianza.

—Bueno. No se ensuciará encima, ¿verdad? Es algo que mi carácter no me permitiría soportar.

—Es limpia, no tiene problemas, que sepamos. Confíele la limpieza de su hogar y la llevará a cabo perfecta mente, en ocasiones quizás con excesiva meticulosidad. Si eso ocurre, no le diga nada, déjela hacer. Ah, y no olvide hacerla visitar por mi colega.

—No sé si al final me arrepentiré de llevarme a esa mujer a mi casa; después de todo, es una demente.

—Todos los enfermos mentales no son peligrosos. Le diré más, sólo una mínima parte de ellos lo son. Lo que sucede es que se ha hecho mucha literatura al respecto. Ya sabe, a la gente le gusta pasar un poco de miedo ante una novela o una película.

Media hora más tarde, el automóvil de míster Howard se alejaba llevándose a Agnes, que permanecía silenciosa, aunque sus ojos brillaban algo más de lo que lo habían hecho durante veinte interminables años.

Míster Howard, que había pasado toda su vida entre cadáveres, que se había acostumbrado a ellos, no sabía aún lo que le aguardaba, un horror que sí había penetrado en la mente de aquella desgraciada, enloqueciéndola.

CAPITULO V

El automóvil se detuvo, balanceándose sobre sus amortiguadores.

Ya detenidos, había allí dos patrulleros con sus luces intermitentes encendidas. Unos focos manuales iluminaban un lugar concreto mientras llegaba hasta ellos el ulular de una ambulancia que se acercaba.

El joven sargento de detectives, acompañando al teniente, se aproximó al cadáver tendido en el suelo.

—Esta vez ha sido uno de los nuestros —gruñó el teniente.

El sargento Dennis Last clavó su mirada en el cuerpo del agente de uniforme que yacía sobre la hierba húmeda, cerca del lago del parque público. Sus ojos expresaban terror y su garganta estaba bestialmente destrozada.

El desgraciado policía había sido víctima de un violentísimo ataque que le había dejado el cerebro sin sangre, sangre que había sido sorbida por la tierra.

—Busquen huellas por los alrededores —exigió el teniente.

El sargento Dennis Last preguntó:

—¿Cuántos van con éste?

—Siete; pero el asesino o lo que sea ha cometido estos crímenes en diversos estados, por ello se le busca ya en todas partes.

—Lo malo —comentó Dennis Last— es que no sabemos ni quién ni cómo es. He oído decir que hasta podría tratarse de alguna bestia.

—¿Un primate salvaje?

—¿Quién sabe? Hay gente que hasta tiene serpientes pitones en su casa; pero si se trata de una bestia, su dueño va a pagar por todo lo sucedido.

—¿Se han controlado todos los circos?

—Sí. Se ha hecho un completo estudio de los lugares donde han ocurrido esta clase de crímenes. Veremos si eso sirve de algo.

—Sólo cabe pensar que es e! ataque de un loco o un primate salvaje.

—Algo así debe ser y hemos de cazarlo. No sé si cuando lo encuentre podré contenerme con mi revólver.

—Si es una bestia, no creo que le puedan leer sus derechos —le observó el sargento Last.

—Quizás los científicos quieran estudiarlo y conocer el porqué de estos ataques tan bestiales.

—¿Ah, sí?. ¿Y por qué? —preguntó el teniente al sargento mientras la ambulancia se detenía junto al cadáver, rodando por encima de la hierba.

—Porque siempre ataca en lugares solitarios y de noche. Mata, pero teme ser descubierto.

—Es una teoría muy pobre, sargento. En fin, tampoco tenemos nada más. Hay que rastrear los alrededores y que traigan los perros.

—¿Espera conseguir algo con los perros?

—Me han prometido los mejores perros de rastreo de todo el estado.

—Esperemos que no fallen.

No tardó en llegar un vehículo que en su parte posterior llevaba tres perros del tipo pastor alsaciano que saltaron inmediatamente sobre la hierba y lo hicieron ladrando. Los policías iluminaban con sus linternas mientras el cielo cubierto amenazaba lluvia.

El teniente se les acercó para mirarlos; Dennis Last iba a su lado.

—Magníficos perros, ¿eh, Dennis?

—Sí, parecen buenos.

—Ya verá qué resultados dan —les dijo el hombre que los llevaba asidos con largas correas.

Los perros fueron directos a la víctima, que aún no había sido trasladada a la camilla.

—Les atrae la sangre —observó Dennis Last.

—Sí. De momento, al cadáver lo han encontrado en seguida.

—¡Buscad, buscad! —exigió el hombre que los cuidaba.

Los tres alsacianos, bien adiestrados, olfatearon el suelo ante la expectación general y se fueron hasta unos árboles. De pronto, se detuvieron, inquietos.

—¡Buscad, buscad! —insistió su cuidador.

Los tres perros dieron vueltas entre sí hasta enredarse con las distintas correas y comenzaron a quejarse hasta que se sentaron sobre sus cuartos traseros y se pusieron a aullar como verdaderos lobos.

—¿Qué les pasa ahora? —preguntó el teniente, acercándoseles.

—No sé, es muy rara su actitud —respondió el cuidador.

Dennis Last opinó:

—Parece que aúllan de miedo.

—¿Miedo? —Repitió el cuidador—. Estos animales no conocen el miedo.

—Si no tienen miedo, ¿por qué no se mueven? —gruñó el teniente decepcionado.

El encargado trató de azuzarlos, pero los animales no avanzaron. Siguieron quejándose y aullando lastimeramente.

—No sé qué les pasa; nunca han hecho nada semejante.

—¿Es posible que tengan miedo a algún tipo de animal, a un oso, por ejemplo?

—No, no temen a ninguna clase animal —insistió el cuidador.

—Pues que se muevan. Me han dicho que son los mejores perros rastreadores de todo el estado.

Dennis Last quedó pensativo. Aquellos aullidos no presagiaban nada bueno.

En unos perros tan fieros y bien entrenados como aquellos para seguir rastros, atacar y dominar a fugitivos delincuentes resultaba muy raro que se comportaran de aquella forma.

Era como si hubiesen olfateado algo que les impedía seguir adelante, algo que les sometía y obligaba a aullar con temor, algo qué erizaba sus duros pelajes de color oscuro.

—¿Será una bestia diabólica?

—¿Qué dice, sargento? —le preguntó el cuidador de los perros.

—Nada, nada.

La ambulancia, cargada con el cadáver del agente asesinado, se alejó haciendo destellar sus luces.

Un cajón frigorífico de la Morgue le estaba aguardando mientras el asesino o lo que fuera seguía suelto. Eran demasiadas muertes por los mismos procedimientos.

CAPITULO VI

Raquel Howard sostuvo el libro y el amplio bloc entre su antebrazo y contra su cuerpo por debajo de sus senos juveniles.

Acababa de mirar por la ventana del college y había visto un automóvil que conocía muy bien.

—¡Qué suerte tienes! —le dijo una voz amiga junto a la oreja.

—¿Eh?

—Digo que qué suerte tienes. El detective te está esperando abajo.

—Es sargento.

—Ya lo sé, y al paso que va, pronto lo veremos convertido en el sheriff del condado.

—No te burles.

—¿Por qué habría de burlarme?

—Perdona.

—Tú y yo nos parecemos bastante. Raquel. Pero tú tienes a ese hermoso ejemplar de macho y yo no tengo más que criajos imberbes.

—Pues cuando te inviten al baile esos criajos, déjalos y espera que se te acerque un hombre ya hecho.

—Algún día que sea de noche no te avisaré que está tu sargento de detectives esperando y me colaré en su coche.

—¿Te harás pasar por mí? —preguntó Raquel, riendo.

—Sí.

—No vas a conseguirlo. Dennis no está ciego.

—Sí, no está ciego y supongo que tiene buen tacto. Aunque eso podrías testificarlo tú mejor que nadie.

—Tonta.

—Me apostaría algo a que de noche, y preparándome antes, él no es capaz de reconocerme.

—No lo conseguirías jamás.

—¿Te apuestas un «gafe»? (*Se refiere a un billete de dos dólares, sobre el que popularmente se supone que trae mala suerte*)

—Hecho.

Raquel salió corriendo del college, casi saltando las escalinatas de granito y se fue hacia el automóvil color café que aguardaba. Justo cuando llegaba, se abrió la portezuela y sólo tuvo que saltar a su interior, cerrar, y el coche arrancó.

—¿Cómo han ido las clases hoy?

—Muy aburridas —dijo ella brillando sus ojos de color azul oscuro que armonizaban bien con su cabellera rubia y lacia.

—¿Vamos a nadar un poco?

—De acuerdo. Pero no quiero llegar a casa tarde. Ya sabes, mi padre está preocupado por ese asesino al que no conseguís atrapar.

—Se traslada de un estado a otro.
—¿El FBI entra en el juego?
—Por ahora no porque no se secuestra a nadie. Pero la policía de varios estados anda tras su pista; caerá.
—¿Estás seguro?
—Sí.
—Los periódicos os tratan de ineficaces.
—No es un criminal vulgar y corriente.
—¿Cómo tendría que ser para que pudierais clasificarlo de normal?
—En casos semejantes, el criminal suele alardear de su impunidad, se pasa en su orgullo y vanidad y se descubre.
—¿Quieres decir que se hace notar?
—Sí, poniendo una marca, telefoneando, escribiendo a los periódicos... Después de tantos crímenes, desea hacerse popular.
—Pero en este caso, mata y desaparece.
—Sí, sin dejar rastro.
—¿Es cierto que los perros rastreadores resultaron un fracaso?
—Sí.
—¿Por qué?
—No sé, no soy experto en perros. Quizás haya dejado algunos olores que los confundan.
—¿Drogas?
—O con spray. Hay olores que confunden a los perros.
—Entonces, es un asesino listo.
—O quizás astuto.
—¿Y qué es peor? ¿Qué sea listo o astuto?
—Listo y astuto es casi lo mismo. Quizás hubiera debido decir que es distinto el ser muy inteligente. Todo es un problema de semántica, de interpretación de las palabras. Lo que sí es seguro es que nadie lo ha visto para contarlo, ataca en la oscuridad y en lugares solitarios.
—Lo tendré en cuenta.
Fueron a la piscina cubierta, ya que en el exterior hacia demasiado frió para pensar en bañarse.
La piscina climatizada les relajó los músculos. Raquel había telefoneado antes a su padre, advirtiéndole de su posible tardanza, pero diciendo que llegaría acompañada del sargento de detectives Dennis Last, lo que tranquilizó a míster Howard.
—Hay mucho vapor en el ambiente —observó la joven.
—Sí, lo produce el calentamiento del agua de la piscina.
Las manos se juntaron y Dennis estrechó las de la muchacha.
—En la estación de policía van a decirme que soy un comeniñas.
—¿Comeniñas? —se echó a reír—. ¿Por qué?
—Eres muy joven.
—¿Es que no ves que soy una mujer? —le preguntó, riendo.

Era evidente que Raquel era una mujer, su figura así lo delataba. Poseía unas caderas que sin ser anchas estaban perfectamente marcadas, una cintura estrecha y unos pechos altos y firmes que el bikini que usaba apenas ocultaba, ya que parecía que lo había escogido muy pequeño exprofeso, dos o tres tallas inferiores a la que necesitaba.

—Y tu padre, al ser un viudo solitario, se puede molestar un poco.

—No, no. El hace lo que yo le pido. Murieron mis hermanos en accidente de automóvil, hace muchos años; mi madre también murió y yo he sido una hija tardía. No. no se molesta conmigo. El quiere que yo sea feliz.

—Y para que lo seas, te mima.

—Un poco.

—Pues si eres una chica mimada, quien va a tener problemas soy yo.

—Uauh... ¿Me tienes miedo?

—Un poco.

—No me como a los hombres.

—Todavía no has tenido tiempo de afilar tus colmillos. Por cierto, ¿sigue tu padre con la idea de vender la funeraria?

—Sí.

—¿Por ti?

—Sí, sabe que no me gusta. Es una forma como cualquier otra de ganarse la vida y sé que la funeraria es necesaria, pero me deprime. No puedo entrar en una floristería porque enfermo, me recuerda la funeraria. Y menos mal que los trabajos de embalsamamiento los hace otro hombre, porque el olor me mata.

—¿Te han hecho bromas en la escuela?

—Muchas veces he tenido que soportarlas, qué le voy a hacer. De niña me afectaban más, ahora me río. Gracias al trabajo honesto de mi padre, yo me he criado, he comido, me he vestido y voy a un excelente colegio; jamás me ha faltado de nada.

—Eres admirable, pareces ya pasar de todo.

—De todo, no, simplemente de que se metan conmigo porque mi padre tiene una funeraria. Claro que prefiero que la venda y ya no por lo que digan. Pienso que ha cumplido su labor y puede vivir sin problemas el resto de sus días, ya está bien de muertos.

El sargento de detectives Dennis Last dejó a Raquel Howard frente a la puerta de su casa, una residencia que no era grande pero estaba cuidadosamente ajardinada por los cuatro costados y ubicada en una calle de viviendas unifamiliares separadas entre sí por jardines y árboles. El área residencial era muy tranquila.

—¿Vendrás a buscarme mañana?

—No.

—¿Te espera otra? —preguntó Raquel al otro lado de la puertecilla de madera de su jardín.

—Tengo turno de vigilancia permanente en la estación.

—Entonces, ya me llamarás.

— Sí.

—¿Me dirás algo si sabes de ese asesino?

—¿Por qué?

— Para ser la primera en comentarlo en la escuela. Para algo mi boy es un sargento detective. ¿O no eres mi *boy*?

Dennis pasó su brazo por encima de la puerta y enlazó la cintura femenina. La atrajo ligeramente hacia sí y la besó en los labios.

Raquel no opuso resistencia. Pero tampoco se entregó efusivamente; se sentía sorprendida.

—Pueden vernos.

—¿No has dicho que soy tu *boy*?

La joven no dijo nada y corrió hacia el interior de su casa donde la aguardaba una sorpresa.

CAPITULO VII

—¡Raquel!

—Ah, hola, papá.

—Desde hoy, y no sé por cuanto tiempo, va a vivir alguien más en nuestra casa.

—¿Alguien más?

Raquel frunció el ceño. Su padre era un hombre de cabello canoso, de andar dificultoso ayudado por muleta de la que no parecía separarse jamás, pero había oído muchas cosas sobre las locuras seniles de ciertos hombres que se dejaban arrastrar por un amor que parecía transportarles de nuevo a la juventud, un amor que, por otra parte, sólo les producía angustias, pesadumbres, locuras y una muerte temprana.

—¿Se trata de una mujer?

—Sí.

—Papá...

—No es lo que tú piensas, hija, no es lo que tú piensas —le dijo cogiéndola por el antebrazo, la ayudó a sentarse.

—¿Es de la familia?

—No; pero para mí como si lo fuera.

—No te entiendo.

—Raquel, tú naciste cuando yo era casi un viejo. Ahora no veas lo que soy.

—Papá, papá, tú no te harás viejo nunca.

—¿No? Siempre he sido un hombre de escaso atractivo, soy consciente de ello. He de usar tacones suplementarios en los zapatos para disimular mi baja estatura y mis trajes deben ser impecables para estar presentable. En fin, no es este tema el que deseo tratar, sino el de la mujer. Se llama Agnes.

—No he oído hablar nunca de ella. .

—No, porque cuando desapareció de mi vida ya no volví a nombrarla.

—¿Fue importante para ti?

—No es lo que te imaginas.

—Quiero decir si fue tu amante en vida de mamá.

—No, no lo fue. La madre de Agnes trabajó en la funeraria como modista y sastresa para vestir a los difuntos. Ya sabes, a veces hay que colocarles las ropas cuando ya están rígidos y no es nada fácil. Tampoco había que hacer ningún cosido de precisión, pero los difuntos han de estar presentables. Hoy día existen otros métodos, ya sabes, cierres adhesivos.

—Sí, claro.

—Bien. La madre de Agnes fue una enferma alcohólica y murió dejando a su hija sola, ya que Agnes no tenía padre. Yo di a esa chica el mismo trabajo de su madre y lo hacía bien, pero era muy joven y se buscó problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Salió con muchachos y quedó embarazada.
—¿La echaste?
—No, claro que no. Estuvo en la funeraria hasta los últimos días, sufriendo algún que otro desmayo.
—Lo comprendo, en su estado y teniendo que vestir a los muertos.
—La vida es muy dura, Raquel. No todos tienen la suerte que tú, que siempre ha habido quien te solucionara los problemas.
—Comprendo. Disculpa, sigue.
—De pronto, Agnes desapareció y eso fue años antes de que tú nacieras. Yo llegué a olvidarla hasta que hace poco recibí una extraña carta.
—¿Era de ella?
—Sí, me contaba cosas de su vida y me pedía ayuda.
—¿Y tú no se la has negado?
— No.
—¿Cuántos años tiene?.
—Treinta y siete.
—Es muy joven.
—Pero no lo parece. Yo te ruego que la ayudes, que la acompañes a la peluquería a algún *shopcenter* para que se compre ropas adecuadas.
—¿Y en calidad de qué estará en casa?
—De empleada de casa y mujer de compañía. Yo ya estoy muy viejo y ella puede hacer los trabajos de la casa. Veremos qué tal cocina.
—Por los años de que hablas, debía ser muy joven cuando quedó encinta.
— Diecisiete; sí. Con diecisiete años iba a ser madre soltera, lo recuerdo bien.
—Los mismos que tengo yo ahora.
—Pero tú no has pasado por las tragedias de ella; tú tuviste una madre y un padre y tu situación económica está solventada.
—De acuerdo, papá, cuidaré de Agnes.
—Ah, y no le hagas demasiadas preguntas. Tiene algo de confusión mental. Te ruego que no comentes esto con nadie.
—¿Confusión mental? —repitió la joven, arrugando el entrecejo.
—Sí, es posible que se debiera a tener que trabajar en su juventud en la funeraria y en el estado en que se hallaba, agravado por el alcoholismo de su madre...
—Papá, me ocultas algo, ¿verdad?
—No quiero ocultarte nada, Raquel. Es mejor que tú lo sepas, pero preferiría que no lo comentaras.
—Te escucho.
—Ha estado en un psiquiátrico durante muchos años.
—¿Una loca? —brincó Raquel.
—No lo digas así. Tú empiezas a vivir ahora y sabes muy poco de la vida. Te ruego comprensión. La verdad, no sé por qué estoy haciendo todo esto por ella, pero si no lo hago yo, no lo hará nadie y como me pidió ayuda, no he

sabido negarme. Puede que sea porque me hago viejo, muy viejo y me he vuelto más humano o más egoísta, quién sabe, quién sabe si me estaré preparando el viaje al más allá. Ahora, aguarda, te presentaré a Agnes.

Fue a buscarla a la cocina. Mientras, Raquel encendió un cigarrillo. No solía fumar, pero en aquel momento estaba muy nerviosa y no sabía qué hacer con sus manos.

—Raquel, hija, ésta es Agnes. Podría ser tu madre.

A Raquel casi se le cayó el cigarrillo de entre los labios. Esperaba ver a una treintona o. como máximo, a una cuarentona, pero aquella mujer de expresión vacía semejaba tener casi sesenta años; era algo increíble.

—Hola, Agnes. Espero que seamos amigas —le dijo insegura, dubitativa.

Agnes dibujó una sonrisa patética en su boca. Se volvió hacia míster Howard y con voz lenta, como si le costara silabear, preguntó:

—¿Es su hija?

CAPITULO VIII

Madame Sapiniére se miró al espejo. No había arrugas en su rostro ya cargado de años y los ocultaba tras unas gafas *fumée* cuando, ya pegadas a las córneas, llevaba lentillas blandas.

Madame Sapiniére era alta, delgada, se cuidaba y gastaba mucho dinero en su persona. Era elegante, pero de una elegancia sombría, casi funeraria. Había algo en ella que inspiraba rechazo y resultaba muy difícil adivinar qué era.

Se puso un abrigo de pelo corto gris y salió a la calle donde la aguardaba un automóvil.

—Vámonos.

El chófer era un individuo de algo más de treinta años, alto y muy fuerte, mirada fría y boca de tajo. Sus manos eran gruesas y cuadradas. Miró por el espejo retrovisor a madame Sapiniére.

—¿Qué miras tanto, Salomon?

—Está muy hermosa, madame.

Ella sonrió mientras se ajustaba mejor los guantes que cubrían sus manos extraordinariamente huesudas.

—Eres muy galante, Salomon. No hago más que seguir la doctrina de nuestro maestro.

—Nuestro maestro hace mucho tiempo que murió.

—Boroniev jamás morirá.

—Si lo dice por Kane..:

—Kane es la continuación.

—Si permite que dé mi opinión, madame, creo que Kane nos va a traer muchos problemas.

—Hay que tener tolerancia con Kane; es la sucesión.

Salomon no añadió nada más. Había notado el acento tajante en la voz de la mujer.

Salieron de la ciudad por la carretera del noroeste y por una pista forestal llegaron hasta un cercado metálico que advertía de la presencia de una granja (Je abejas adviniendo de la peligrosidad del paso.

Salomon movió la ruedecilla de un artilugio electrónico que llevaba en el salpicadero del automóvil y la puerta se abrió automáticamente.

Pasaron al interior del cercado y avanzaron lentamente por el camino que se adentraba por una vasta plantación de especies aromáticas sobre las que pululaban las abejas, muchas de las cuales llegaron hasta el automóvil.

—No me gusta este sitio —gruñó Salomon poniendo en marcha el limpiaparabrisas para ahuyentar a los insectos del cristal.

—Las abejas son un buen freno para los curiosos.

El vehículo llegó hasta el centro de las instalaciones de la granja. Allí, el camino descendía hasta un garaje con puerta automática, que se cerró.

De los zócalos brotaron columnas de humo que obligaron a las abejas a

huir por una ancha chimenea que se hallaba en el centro del recinto.

Se abrió otra puerta y el coche pasó a una estancia más amplia y bien iluminada. La puerta se cerró tras ellos y pudieron apearse del vehículo mientras un renovador de aire limpiaba de humo esta segunda sala donde ya no había abejas que pudieran representar un peligro.

Salomon había colocado el automóvil sobre una plataforma metálica circular. Empujó ligeramente el coche de costado hasta que lo situó de espaldas al lugar donde quería estacionarlo. Lo empujó a mano y lo sacó de la plataforma, dejando ésta libre. Allí, en un espacio relativamente reducido, había otros cinco coches estacionados.

Abandonaron el parking subterráneo. Uno de los automóviles que allí .quedaba era una ranchara alargada con sólo asientos delanteros.

Por una galería bien iluminada llegaron a una extraña capilla Con las paredes tapizadas en terciopelo morado. Había bancos y butacas en la zona presidencial y una mesa alargada como altar de sacrificios.

Por una puerta lateral accedieron a una angosta escalera que les condujo a una estancia octogonal con techo de cristal, un techo sobre el cual habían instalado panales adónde las abejas iban y venían. Muchas de éstas caminaban sobre el cristal y su zumbido llegaba muy amortiguado debido al grosor de aquel cristal que hacía de bóveda.

Había varias personas reunidas que saludaron con mucho respeto a madame Sapiniére.

—Buenas tardes —dijo ella.

Un hombre de estatura mediana, flaco, vistiendo bata blanca, se hallaba frente a una encimera de mármol. Tenía varias botellas, tarros y útiles para mezclas.

En el interior de un vaso alto acababa de verter una cantidad proporcionada de miel que había pesado meticulosamente. Añadió leche y después, de una botella, extrajo medio litro de sangre que mezcló con la miel y la leche. Introdujo una batidora eléctrica y todo quedó emulsionado.

—¿Cómo está Kane?

—Un poco apagado, madame —respondió el hombre de la bata blanca.

—¿Debido a los sedantes?

—Son imprescindibles, madame. Hay ocasiones en que está muy nervioso.

—Déle su alimento.

El hombre abrió una puerta que en apariencia era normal y corriente, pero que estaba blindada bajo la chapa de fina madera.

Al otro lado había una estancia que más parecía una celda amplia. Poseía grandes cristaleras de vidrio especial antidisturbios que podían aguantar los golpes sin astillarse.

Sentado sobre la litera había un ser al que resultaba difícil calificar de humano. Era alto y muy delgado, delgadez que se acusaba en las facciones de su rostro rinocéfalo y velludo. Los ojos grandes, muy redondos y oscuros, apenas expresaban nada.

Mirar a aquel ser, mitad bestia mitad humano, producía escalofríos. Había que estar habituado a verlo para mantenerse frío ante él.

Las manos que se alargaron hacia el gran vaso de cristal que se le tendía eran igualmente velludas, de uñas duras y amarillas, muy puntiagudas.

En presencia de quienes le miraban, tomó el vaso y sorbió su contenido ruidosamente. Devolvió el vaso emitiendo un gruñido bajo de tono, sin otra reacción. Alzó su mirada y la paseó por los rostros que a su vez le observaban y no manifestó rechazo ni complacencia.

—¿Está bien alimentado? —preguntó madame Sapiniére.

—Desde luego.

Volvieron a cerrar la puerta, dejándolo aislado, lo que no pareció importar a aquel extraño ser llamado Kane.

—Sí, está un poco apagado —admitió madame Sapiniére.

—Es conveniente para evitar sus accesos de cólera.

—Bajemos a la capilla; allí hablaremos mejor —pidió la mujer.

Descendieron todos a la capilla y, por inercia, se fueron colocando alrededor del altar que tenía una longitud de dos metros, suficiente para colocar a un ser humano tendido.

—La metempsícosis no ha fallado. Kane es Boroniev, no cabe ninguna duda.

—Pero Kane no puede guiarnos como sí nos guió Boroniev —objetó otra mujer allí presente.

—Es cierto, no habla, pero tiene el espíritu de Boroniev dentro de él. La ceremonia fue correcta, invocamos al espíritu de Boroniev sobre el mismo cadáver mientras nacía la nueva criatura. Lo que no podíamos suponer era cómo sería ese ser al que nosotros llamamos Kane. Ignoramos por qué adquirió las extrañas características que posee, una forma externa mitad hombre mitad animal salvaje, pero con inteligencia humana. El trata de comunicarse con nosotros, pero no puede y sufre; por ello es víctima de esos accesos de cólera y necesita expansionarse, desatar sus instintos. Boroniev se rebela contra el cuerpo que lo aprisiona. Volvió con nosotros, pero dentro del cuerpo de una criatura que salió muy extraña. Por hipnosis aplicada a la madre, supimos quién había sido el hombre que engendró a la criatura y éste no era nada anormal, un ser mediocre sin importancia alguna, por lo que hay que suponer que durante la transmutación de los espíritus, en el instante de metempsícosis, cuando el espíritu de Boroniev pasó a la criatura y el espíritu en blanco de la criatura pasó al cadáver de Boroniev para desaparecer con él, se produjo una mutación inexplicable para nosotros.

—Hemos seguido su doctrina y esperado veinte años —dijo un hombre que no disimulaba su edad, pues ya era viejo.

—Boroniev no puede guiarnos directamente con su voz, con su verdad, porque está prisionero de ese cuerpo casi monstruoso.

—Sin casi —puntualizó Salomon.

—Es cierto. Lo hemos alimentado según lo que él mismo dejó escrito:

Leche de loba, que tan difícil es de conseguir, y para lo cual poseemos una granja de lobas, miel pura que nos proporcionan las abejas que protegen este santuario y sangre humana que compramos en el mercado negro de los laboratorios. La alimentación es la que él exigió antes de morir y así se le ha criado y mantenido. Pero el cuerpo no es lo que todos deseábamos. Tenía que haber surgido un nuevo Boroniev. Los accesos de cólera que sufre Kane no son otra cosa que la rabia de Boroniev por su impotencia al sentirse encerrado en ese cuerpo que no responde a lo que él desea. —Madame Sapiniére hizo una pausa y añadió con solemnidad—: Yo he tenido un sueño y en ese sueño he visto clara la voluntad de Boroniev.

—¿Y cuál es su voluntad? —preguntó una de las mujeres presentes en aquel grupo de alucinados.

—Tenemos que invocar a su espíritu y que nos hable, que nos guíe de nuevo por el sendero de su doctrina.

—¿Y cómo hablará, si no lo ha hacho jamás? —le preguntó el hombre de la bata blanca.

—Tenemos que celebrar el rito de la invocación.

—¿Será Kane quien nos hable? —preguntó otro de los presentes.

—No. Yo, en mi sueño, he visto a la madre de la criatura. Ella será la médium. ¿Quién mejor que la madre de la criatura para que Kane hable, es decir. Boroniev? Conoceremos las órdenes de nuestro guía, a través de la boca de la madre de la criatura.

—¿Y cómo sabremos que lo que ella nos diga es la voluntad del espíritu de Boroniev? —inquirió el hombre ya anciano que hablara con anterioridad.

—Escucharemos y luego, decidiremos. El primer paso será traer hasta aquí a la madre de la criatura y eso será cuando el rito de la invocación esté preparado. Kane colaborará, estoy segura, lo expresan sus ojos. No es una bestia como pueda pensarse al verle o por las acciones que haya llevado a cabo para desfogar su cólera, la rabia infinita de Boroniev por no poder liberarse. Detrás de esos ojos está la suprema inteligencia y sabiduría de nuestro guía Boroniev, el ser que alarga nuestras vidas.

—¿Será posible esa invocación a través de la madre de Kane? —insistió uno de los presentes, escéptico.

—En sueños lo he visto claro. Después de todo, no perdemos nada. El espíritu de Boroniev permanece vivo dentro del cuerpo de Kane y mientras tengamos a la criatura, tendremos a Boroniev.

Con su voz grave, Salomon se atrevió a preguntar:

—¿Y no podríamos repetir la ceremonia de la metempsicosis?

—Para ello habría de morir Kane.

Ante la réplica de madame Sapiniére. Salomon dijo:

—Eso no es imposible, siempre que tengamos un cuerpo vivo al que traspasar el espíritu de Boroniev.

—Eso es cierto; es una posibilidad a tener en cuenta —admitió madame Sapiniére.

En aquel momento se escucharon unos fuertes golpes. Todos volvieron sus miradas hacia lo alto y el hombre de la bata blanca explicó:

—Es Kane. Vuelve a tener uno de sus accesos de cólera. Será la vitalidad que le ha dado el alimento que acaba de tomar. Hace algún tiempo que sus ataques de cólera son muy seguidos, pese a los sedantes.

—No es bueno que lo saques a desahogarse —le dijo madame Sapiniére—. Toda la policía está alerta y la opinión pública excitada. Será mejor que no se provoque otra situación que haga aumentar las tiradas de los periódicos sensacionalistas; podrían establecer un círculo y terminarían encontrándonos.

El hombre de la bata blanca, que estaba al cuidado de Kane, dijo:

—En una noche puedo hacer quinientas millas y en la noche siguiente, hacerlas de retorno.

—¿Cree que es necesario ese desahogo?

—Por los accesos tan violentos y consecutivos que sufre, pese a la administración de sedantes, pienso que sí. No hay que olvidar que ha estado tomando sedantes a lo largo de muchos años y se ha habituado a ellos; médicamente es un drogadicto.

—Está bien. ¿Alguien opina lo contrario? —Miró a todos los presentes pero nadie dijo nada—. Llévelo. Que le acompañe Fergus para que puedan turnarse en la conducción del coche. No quiero tropiezos con la policía de este estado ni del vecino.

—Todo saldrá bien, madame, no se preocupe; todo saldrá bien como siempre.

—No olvide que buscan a la bestia degolladora, como la llaman.

—Dentro de dos días habremos vuelto y nos buscarán por otra parte. Aquí, bajo la protección de las abejas, estaremos a salvo.

CAPITULO IX

Míster Howard sonrió complacido al mirar a Agnes.

—Has cambiado, Agnes; has cambiado mucho —comentó.

Agnes apenas dibujó una desangelada sonrisa en su rostro maquillado, un rostro enmarcado por unos cabellos teñidos en castaño oscuro y muy bien peinados por una profesional de la peluquería.

También el vestido la había hecho cambiar; no era un modelito de alta costura, era un vestido comprado en un almacén, pero el contraste de aquella ropa con la que vestía al salir del psiquiátrico era brutal.

—Le falta un poquito de alegría a Agnes. ¿No crees, papá?

—Bueno, cuando se acomoda un poco a la casa tendrá alegría; ¿verdad, Agnes?

—Sí —le costó decir con su voz débil.

—Bien, bien, aquí se te querrá. Ahora, ve a tu trabajo.

Padre e hija la vieron alejarse. Raquel tenía el rostro estirado, expresaba malhumor.

—¿Qué te pasa, Raquel? ¿No te gusta ayudar a Agnes?

—No, no es eso; no me importa, aunque la verdad es que casi parece muda. Me han hecho muchas preguntas sobre ella.

—Me lo imagino, siempre hay habladurías. Supongo que imaginan que se trata de un capricho mío. No hay que hacerles caso, la gente se aburre y yo qué voy a decirles, si soy el propietario de la funeraria. Por cierto, ya tengo una oferta de compra.

—¡Estupendo, papá! —Se colgó de él, rodeándole el cuello con sus brazos. Raquel era mucho más alta que padre—. Verás, no estoy de malhumor por ella, comprendo que si ha salido de un manicomio no esté muy al día de las cosas.

—Por favor, no menciones el manicomio.

—Es cierto, ¿no?

—Sí, pero sólo faltaría que la vecindad se enterara. Hablando de la venta, es posible que antes de un mes me haya desprendido de la funeraria y viva aquí, tranquilo. .Me dedicaré a jugar al golf, si es que puedo, porque ahora, cojo...

—Papá, encontrarás algo adecuado para ti, ya lo verás. Hay muchos clubs donde puedes integrarte.

—Me temo que es un poco tarde y como durante mi vida he estado un poco solo porque parece que traía mala suerte ser amigo del dueño de la funeraria, ahora pago las consecuencias. Claro está que cuando todos tienen problemas con sus muertos; recurren a míster Howard: pero para salir de picnic nadie quiere verme cerca. Por cierto, ¿cómo va tu amigo el sargento de detectives?

—No sé; hace tres días que no le veo.

—Hum. ¿Crees que el palomo ha volado?

—No, no lo creo. Dennis pasa de muchas cosas y no le importa que sea la hija del dueño de la funeraria.

—Supongo que ha sido un lastre para ti eso de ser la hija del hombre de la funeraria.

—Bueno, me han gastado bromas, pero las he soportado bien.

—Gracias, hija. Ahora, si puedes sacar adelante a Agnes, te lo agradecería.

—Lo intentaré.

—Sé que es difícil, pero me siento en la obligación de ayudarla.

—Puedes contar conmigo. ¿De veras no sabes qué ocurrió con el hijo de Agnes?

—No, dice que se lo quitaron. Su mente está totalmente confundida y ni los psiquiatras han conseguido clarificar sus recuerdos; las alucinaciones se confunden con las realidades.

—Comprendo, y unos psiquiatras pagados por la administración no se preocupan como lo harían los psiquiatras privados.

—Una investigación profunda costaría mucho dinero.

Sonó el llamador musical de la puerta y Raquel casi brincó: su rostro había cambiado de expresión.

—Voy yo, papá.

—A lo mejor es ese detective esquivo que aparece y desaparece.

Raquel corrió hacia la puerta y al abrirla vio el rostro sonriente del sargento Last. Ella iluminó su cara, pero de inmediato frunció el ceño.

—Parece que te habías olvidado de mí.

—He estado fuera, muy lejos, de viaje.

—¿De viaje?

—Sí, profesional; como observador en el estado vecino.

—¿Y he.de creerte?

—Si no quieres creerme, me voy —le dijo él, entre sonriente y amenazador.

—Bueno, pasa.

—Buenos días, míster Howard.

—Hola, sargento.

—Por favor, llámeme Dennis.

—¿Qué? ¿Cómo van las investigaciones en torno a esa bestia degolladora?

—Se le busca: ya habrán oído que en el estado vecino ha vuelto a atacar.

—Sí, algo oí en la televisión. Menos mal que esa criatura, sea lo que sea, está lejos de aquí.

—Lo cierto es que no se sabe dónde se guarece.

—¿No podría ser un loco? —preguntó Raquel.

—Se barajan muchas posibilidades, pero no se sabe nada concreto. Es cierto que algunos locos han llegado a emplear garras artificiales o de animales como osos para no parecer humanos. También existen falsas dentaduras de acero para atacar a las víctimas y así desorientar a la policía.

—Pero lo encontrarán, estoy seguro de que lo encontrarán —dijo míster Howard—. Ahora, os dejo solos.

—No hace falta, míster Howard. Si Raquel quiere, saldremos a dar un paseo.

—Bueno, si luego me has de abandonar tres días más —se quejó Raquel, vigilando de reojo al apuesto sargento de detectives.

Ya a bordo del automóvil, rodando sobre el asfalto de la ciudad, la muchacha preguntó:

—¿De veras tenéis adelantado el caso del asesino degollador?

—Ya sabes que no puedo hablar de los casos que están en investigación.

—¿Ni a la persona que le tengas confianza?

—Ni a mi mujer, te lo digo para que te vayas acostumbrando. Una cosa es mi labor profesional como sargento de detectives en la brigada de homicidios y otra muy distinta mi vida personal. ¿Lo comprendes?

—Sí, pero eso te puede servir para cortar siempre cualquier pregunta que yo te haga.

—Me pareces muy inquisidora, Raquel.

—Está bien, está bien. A lo peor es que soy celosa y aún no me había dado cuenta.

—Lo que yo creo es que eres una chica mimada, demasiado mimada por un padre que te lo ha consentido todo.

—Sí, todo, hasta salir con un sargento de detectives... ¿De veras me amas?

—Sí. ¿Cómo quieres que te lo demuestre?

—No sé. —Se encogió de hombros en apariencia despectiva e indiferente.

—Pues yo conozco una forma de demostrarlo que se ha venido practicando a lo largo de millones de años...

—Bah, esa forma no indica amor.

—Sin embargo, podemos probar —sugirió, pícaro.

—¿Me lo estás pidiendo?

—¿Tengo que emplear todas las palabras?

—¿Sea como sea?

—No sé a qué te refieres, Raquel.

Ella, sin mirarle, proyectando su mirada a través de los cristales del automóvil, preguntó:

—Serías capaz de violarme para conseguirme?

—¡Qué barbaridad!

—He oído decir que a los hombres os gusta violar. —Los que lo hacen son unos cobardes.

—Sin embargo, en las guerras y a lo largo de la historia, los guerreros han violado a las mujeres que han encontrado a su paso.

—Precisamente porque han sido unos cobardes han abusado de su fuerza, de sus armas y de ser varias generalmente. Claro que también muchas mujeres soñáis con ser violadas; me temo que no os disgusta.

—Eso sí que es una barbaridad.

—Entonces, ¿por qué lo has preguntado?

—¿Adónde vamos?

—No sé, a dar una vuelta.

—Pues da vueltas mientras hablamos.

—¿Vueltas, adónde?

—Adonde te dé la gana, no pares el coche.

El la miró de reojo.

—Lo que tú quieres es hablar sin que nadie pueda oírnos; ¿no es cierto?

—¿Eres psicólogo?

—No. simplemente un detective de la Metropolitana.

—Verás. Las chicas de mi edad tenemos mucha fantasía. —Lo creo.

—He oído hablar tanto y tanto del amor que temo sufrir una decepción.

—No te entiendo.

—Verás, Dennis; no somos iguales. Yo me he observado. He tenido ocasiones en que he podido practicar los juegos del sexo sin amor, amor espiritual, ya me entiendes.

—Sí, claro —admitió él haciendo girar el coche por una bocacalle para rodear una docena de cuadras y seguir rodando sobre el asfalto ciudadano, dándole tiempo a la muchacha para que se confesara.

—Aparte de algunos escarceos, no he llegado a perder mi virginidad. Muchas amigas mías ya han practicado en múltiples circunstancias y dicen que hoy día con los medios que existen para preservarse del embarazo, eso no tiene importancia.

—¿Y tú piensas que sí la tiene?

—Estoy segura de que sí. Para mí, ese momento ha de ser importante. No quiero sufrir una decepción y convertir el juego del amor en algo monótono.

—Entonces, ¿tú eres de las que desean la boda por la iglesia, con traje blanco largo, damas de honor llevándote la cola del vestido, etcétera, etcétera?

—Bueno, ésa es una parte, no la más importante, pero que está desligada del juego del amor.

—Te juro que cada vez te comprendo menos.

—Trato de decirte que no me importaría hacer el amor contigo antes de casarme porque tú eres el hombre que amo.

—Bueno, bueno; eso ya está más claro.

—Sí, pero tendría que ser de una forma especial.

—Oye, no te habrás leído el Kamasutra...

—Claro que sí. Me he leído todos los métodos habidos y por haber. He visto cortos «porno» en casa de una amiga y creo que no hay ningún secreto que me falte descubrir.

—Ejem... ¿No te parece que debo saber cuál es el método que has elegido?

—Pues, no sé; el que tú consideres que me va a hacer menos daño.

—Eso, cuando llegue el momento...

—Quiero un poco de fantasía, que no sea una cosa fría y cruda, como

visitar al ginecólogo.
—Verás. Yo no tengo tu fantasía e imaginación. Deberás ayudarme un poco. Escoge el marco y yo pondré de mi parte todo lo que pueda, además de fuerza, suavidad, amor y calor de macho.
—Mira, ahí está la funeraria de papá.
—Ah, sí.
—Métete por la bocacalle.
Dennis estacionó en el solitario callejón y después preguntó:
—¿Y ahora qué? Hay mucha luz aquí.
—Si me llevaras a tu apartamento sería muy vulgar; quiero un recuerdo excepcional, para toda la vida.
—¿Hay algún hotel por aquí?
—No, ven.
Raquel se hizo seguir hasta una puerta pequeña que abrió, con un llavín que llevaba consigo. Aquella puerta era lateral a una amplia y metálica que daba acceso a un garaje.
—Vaya, el coche fúnebre —rezongó Dennis.
—Sí, entra.
Pasaron a un patio y de allí, a la capilla.
—Huele a cera quemada.
—Son velas perfumadas.
—Ya.
—¿Te molesta?
—No, no me molesta. ¿Cuántos muertos hay ahora aquí?
—¿Te refieres en el frigorífico?
—Sí.
—Ninguno. Mi padre lo está preparando todo para vender la funeraria. Creo que dentro de un mes dejaré de ser la hija del sepulturero: aunque mi padre no sea sepulturero, algunos le llaman así.
—No acaba de gustarme este sitio.
—Anda, enciende las velas.
—¿Quieres jugar?
—Pronto ya no tendré esa oportunidad.
—Voy a cerrar ventanas y a encender velas: pero luego no te pongas a lloriquear, ¿eh?
—Tonto, ahora vuelvo.
Raquel se alejó, desapareciendo detrás de una cortina.
Dennis Last encendió las velas aromáticas y miró la superficie alargada situada casi en el centro de la capilla, una superficie de madera forrada donde eran colocados los féretros para el funeral.
Comenzó a sonar la música y a Dennis no le pareció fúnebre, sino agradable, aunque no la reconocía.
De pronto, el volumen de la música aumentó hasta resultar ensordecedor. Le pareció hallarse dentro de una macabra discoteca.

—¡Baja el volumen! —gritó, haciendo altavoz con las manos.

Le llegó un olor que tuvo la impresión de haber olido en alguna parte.

—Espera un poco, ahora voy —exclamó la voz femenina desde el otro lado de la cortina.

Dennis se encogió de hombros. Miró el altar de la capilla y se dijo que era mejor que en aquellos momentos no hubiera ningún signo religioso de clase alguna.

Al fin apareció la joven con una túnica blanca que la llegaba hasta los pies. Sus cabellos caían lacios, muy largas. Se movió, danzando etérea, y fue soplando las velas mientras reía.

—¿Qué haces? —le preguntó Dennis.

—No quiero tantas velas —contestó, riendo—. Con cuatro es suficiente.

Dejó solo los gruesos cirios que se hallaban en torno a la mesa soporte sobre la que se situaban los ataúdes.

—¡Estás loca, Raquel!

—Un poco —admitió ella, en medio de aquella música vibrante.

—¿No podrías bajar el volumen?

La joven se le acercó. Se había coloreado mucho el rostro con los cosméticos que se utilizaban para dar mejor apariencia a los cadáveres; también sus ojos estaban sombreados.

Dennis se resignó a escuchar la música que brotaba por los altavoces, saliendo de una cassette de alta fidelidad y larga duración.

Tocó a la mujer con sus manas y notó que debajo de la túnica no llevaba otras prendas. La besó en la boca, atrayéndola hacia sí y luego, terminada la caricia labial, le dijo:

—Si quieres que sea algo excepcional, sea.

Ella bajó sus manos y la música no dejó oír el ruido de la cremallera. Las manos femeninas prosiguieron hábiles el juego del amor tras el profundo beso.

Le quitó la túnica y a la luz de las velas, musitó:

—Eres muy hermosa.

La puso sobre el lugar de los féretros. Y los suspiros y gemidos de ambos se confundieron con aquella música que parecía no ir a terminar jamás.

Cubriendo con su cuerpo musculoso la bella desnudez femenina, Dennis rezongó:

—Me has engañado.

—¿Por qué?

—Tú no eras virgen.

—¡Claro que no! —se rió ella.

—¡Puercos! —espetó de pronto Raquel, apareciendo colérica junto a ellos.

—¡Raquel! —exclamó Dennis Last, totalmente desconcertado.

Raquel echó a correr hacia la salida y Dennis Last, mirando a la mujer que estaba bajo él, balbuceó:

—Pero, pero ¿quién eres tú?

La muchacha se echó a reír, una risa que aumentó el terrible desconcierto de Dennis Last.

CAPITULO X

—Me debes dos dólares.

Los ojos de Raquel chispearon de odio al mirar a su compañera de colegio, la cual sonreía con mirada llena de picardía.

—Debería denunciarte a la policía por lo que hiciste, July.

—¿A la policía? ¿A quién?, ¿al sargento de detectives Dennis Last?

Los dientes de Raquel rechinaron.

—Fue a traición.

—En el amor y en la guerra, todo vale, querida. Yo ya sabía que por las buenas no aceptarías el juego y llevaba en el bolso el spray narcotizante de mi madre.

—¡Estabas agazapada cómo una fiera!

—Conocía la funeraria tan bien como tú. He jugado contigo allí dentro. La verdad es que gritaste un poco, pero la música tapó tu voz y el detective apuesto y varonil no se enteró. Es un magnífico ejemplar de macho, te llevas una joya, grande y recia, la verdad.

—¡Te mataría!

—¿Qué te pasa, Raquel? Después de todo, no eres plato de segunda mesa. Tu sargento creía que estaba haciendo el amor contigo. Puedo jurarte que al final se llevó la sorpresa más grande de su vida.

—¡Eres una furcia!

—Oh, no, querida. Las furcias son las que hacen el amor por dinero. Yo lo hago porque me gusta y más cuando el ejemplar te llena hasta la saciedad.

—Entonces eres una ninfómana.

July se rió descaradamente.

—No sé por qué te enfadas tanto si él te quiere a ti. Sólo ha sido un juego. Te dije que podía hacerme pasar por ti porque nos parecemos mucho y ya ves que lo he conseguido.

—Con trampas, con poca luz, llenándote la cara de polvos y de pintura...

—¿Y qué iba a hacer? Después de todo, tú y yo no somos gemelas. Ahora, págame lo que me debes.

De su pequeño billetero, Raquel extrajo un billete de a dos dólares que parecía llevar preparado. Después, con un bolígrafo escribió en el billete:

«A July, con todo el odio de mi corazón.
» Raquel.»

—Toma.

July volvió a reírse y prometió:

—Lo pondré en un cuadrito, ha sido un gran triunfo.

Raquel se alejó corriendo. Tomó el bus que la dejó cerca de su casa.

El trecho a recorrer hasta llegar a su residencia no era largo. Pero las dos

calles eran tranquilas, tanto que durante muchas horas del día parecía que no viviera nadie allí. Si no ladraran los perros de vez en cuando, hubiese parecido un desierto.

Solía acortar camino cruzando por un solar vacío en el que en otro tiempo hubo una casa que se llevaron entera de aquel lugar: ahora la parcela estaba en venta. Habían crecido los hierbajos: pero a base de pasar ella y otras personas, evitándose un rodeo, se había creado un estrecho sendero.

Raquel llegó a su calle y a distancia observó un automóvil que le llamó la atención; tuvo la impresión de que dentro había alguien.

Lo observó mejor, mas no vio a nadie y continuó hacia su casa.

Al llegar a su jardín, dentro del tramo empedrado que conducía al garaje, descubrió un descapotable deportivo dos plazas y de color blanco. Brillaba, lo mismo en su pintura que en sus niquelados. Observó la matrícula y vio que era flamante.

—Qué raro. ¿Quién habrá venido a visitarnos?

Entró en la casa y no tardó en toparse con su padre.

—Hola, Raquel.

—Papá, ¿quién ha venido?

—Nadie.

—¿Y el coche que hay afuera?

—¿No me dijiste que habías aprobado los exámenes?

—Sí; pero aún no me han entregado las notas.

—Es igual, toma las llaves.

—¡Papá!

Se le abrazó al cuello; no podía colgarse, ya que era más alta que él. Además, su padre estaba anciano y cojo; lo habría derribado pese a que ella estaba muy lejos de ser una chica rellena de carnes.

—Vamos, vamos; lo tenía pensado hace tiempo.

—¡Qué contenta estoy! Pero tú pareces molesto...

—Estoy contrariado.

—¿Qué ha pasado? ¿Es muy caro?

—No, no es por el coche.

—¿Entonces?

—Se trata de Agnes.

—¿Qué pasa con ella?

—Desde ayer noche no la he visto.

—¿Desde ayer noche? —repitió, frunciendo el ceño.

—¿Tú no la has visto?

—No. Como estaba acostumbrada a prepararme yo el desayuno, no he encontrado raro que no se levantara. He pensado que quizás se había dormido y como me pediste que tuviera cuidado con ella y opino que se ha de reponer, he preferido no despertarla.

—Yo he llamado a su cuarto; al ver que no respondía, he abierto la puerta y me he encontrado con la cama sin deshacer.

—¿No ha dormido en casa?

—Eso parece.

—¿Dónde?, entonces.

—Lo ignoro.

—¿Has avisado a la policía?

—No.

—¿Por qué no llamas ahora mismo? Quizás esté en un apuro.

—Tu observación es muy lógica, Raquel. Pero si la policía la encuentra, ¿sabes qué ocurrirá?

—No.

—Pues que volverán a internarla en el psiquiátrico del estado. Considerarán que no está apta para vivir fuera del centro. Después de todo, yo no soy pariente suyo. No puedo ejercer ninguna presión para retenerla a mi lado. Si la encierran otra vez, ya no saldrá de allí hasta su muerte.

—Papá, tú no tienes por qué sentirte culpable.

—Tengo la impresión de que durante algunos años de mi vida he sido un poco egoísta y ahora creo que me he vuelto más humano. Deseo ayudar a esa mujer a la que tantas cosas mal le han salido en la vida. Ella no tuvo la culpa de nacer de una madre alcohólica que cosía ropas para cadáveres.

—Te prepararé un whisky, ¿te parece?

—Bueno. —Míster Howard suspiró—. Lamento estropearte un poco el regalo.

—Papá, eso no estropea el regalo del coche. Estoy muy contenta. Ahora mismo saldré a probarlo y de paso recorreré todas las calles del distrito, muy despacio, para ver si encuentro a Agnes. Quizás se haya perdido, y, como actúa como una misántropa, no se habrá atrevido a preguntar nada. También pasaré por la estación de policía.

—¿Para ver a Dennis?

—¿A Dennis? —repitió, ahora en tono orgulloso y despectivo—. No quiero volver a verlo en mi vida, pero como si no diera importancia al asunto, puedo preguntar si ha aparecido alguna mujer perdida.

—Me parece acertado, pero ten cuidado. Ese coche, aunque pequeño en apariencia, tiene un motor poderoso y sólo que pises un poco el acelerador correrá mucho. Ya me lo ha advertido el agente que ha venido a traerlo a casa.

Raquel salió de nuevo a la calle. La embargaba una gran emoción al sentirse a bordo de aquel flamante automóvil de poderoso motor.

Circuló muy despacio por las calles tranquilas, buscando a Agnes. Pasó luego a una vía de circulación más densa y un patrullero se le puso detrás. Raquel comenzó a observarlo por el espejo retrovisor.

El coche de la policía la siguió durante varios minutos. Raquel, algo nerviosa, terminó girando a la derecha para internarse por una calle tranquila. El patrullero fue tras ella hasta ponerse a su altura y pedirle:

—Estaciónese a la derecha.

Raquel cerró los ojos como si fueran a darle malas notas en un examen.

—La documentación, por favor —le pidió uno de los agentes después de abandonar el coche.

Raquel buscó nerviosamente en la guantera. Encontró la documentación del coche y también su carnet de conducir. Todo fue revisado por el agente que protegía sus ojos con gafas oscuras.

—Bien. ¿Haciendo prácticas?

—No quiero ir de prisa. Me lo han entregado hoy.

—Será lo mejor, y no beba nada de alcohol. Evite las calles con tráfico denso.

—Sí, es que iba mirando si encontraba a una tía mía que ha venido de fuera y me temo que anda algo despistada.

—¿Desea que la busquemos?

—No, no la busquen. Pero si la ven, bueno, díganle que la estamos esperando en casa.

—¿Cómo es?

—Se llama Agnes. Es alta como yo y tiene el cabello castaño. Es ya mayor y viste de verde. No habla casi nada.

—¿Bebe?

—¿Beber?

—Sí, si toma bebidas alcohólicas.

—No, no bebe; salvo que haya cogido el vicio de repente.

—Si la vemos, ¿adónde la llevamos?

Raquel dio su número de teléfono y el patrullero se alejó, lo que hizo suspirar de alivio a la muchacha que conducía su primer coche. El auto de su padre apenas lo había llevado y, por otra parte, resultaba muy distinto al deportivo que ahora tenía entre sus manos, ciertamente mucho más manejable.

Dio varias vueltas y terminó estacionando cerca de la comisaría de policía a la que estaba adscrito Dennis Last.

—¿Qué desea, señorita? —le preguntó un agente.

—Creo que mi tía se ha perdido o quizás esté de vuelta a su casa. Sólo quería comprobar si estaba entre las personas extraviadas.

—Déme datos.

Los dio y el agente, después de consultar una lista, denegó con la cabeza.

—No, no ha sido hallada. ¿Desea que sea buscada?

—No, no, seguramente habrá emprendido viaje. Ya telefonearemos a su casa.

—Como prefiera. Pero si teme que le haya sucedido algo, no dude en comunicárnoslo porque la buscaremos.

—¡Raquel!

Miró a quien acababa de interpelarla; era el sargento de detectives Dennis Last. Volvió la cabeza de inmediato, altiva.

—Buenos días, agente.

Fue hacia la salida. Pero antes de abandonar la estación de policía, Dennis

la interceptó.

—Vamos, no seas chiquilla.

—¿Chiquilla?

—Tus ojos despiden furia.

—¿Y qué quieres que despidan, amor, después de lo que hiciste?

—Yo creí que eras tú. Vaya jugada que me hicisteis... Tú querías mucha fantasía, música, una funeraria para el primer juego de amor. Me pareció muy macabro, pero tú te empeñaste en que querías darle fantasía a la cosa y acepté. Lo que menos podía imaginarme es que me tendierais una trampa.

—¿De verdad no notaste que no era yo? —silabeó furiosa, a punto de explotar, dándole la espalda.

—¿Cómo iba a notarlo, si jamás he hecho el amor contigo? No podía hacer ninguna comparación. Cuando haga el amor contigo, seguro que ya no podré olvidar nunca.

—Descuida, que eso no sucederá jamás.

Empujó la puerta, muy molesta, y salió a la calle. Dennis la siguió. No deseaba dejar las cosas tal como estaban.

—Yo he sido la víctima de esta jugarreta macabra urdida por dos muchachitas de escuela y encima debo sentirme culpable.

—Conque la víctima, ¿eh? Pues te lo pasaste muy ricamente con July; tuve tiempo de oír tus amorosos quejidos.

—Basta, Raquel. Un hombre, durante el acto amoroso, puede gemir hasta con una prostituta a la que no ame. Creí que ya lo sabías.

—Sí, sabía muchas cosas; pero no tantas como para darme cuenta de lo que ibas a hacer.

—Si hubiera sido un crápula despreciable como tú quieres dar a entender que soy, me hubiese acostado con las dos.

—Ja. ¿Crees que habrías podido?

Echó a correr hacia su coche, montó en él y lo puso en marcha dando un fuerte acelerón.

Dennis Last expulsó el aire de sus pulmones por la nariz, con cierta sensación de impotencia, y luego regresó al interior de la estación de policía.

—Oye, ¿qué quería esa joven?

—Ha dicho que buscaba a su tía Agnes, que se había perdido.

—¿A su tía Agnes? Qué raro, no sabía que tuviera ninguna tía; claro que podría tratarse de...

CAPITULO XI

Madame Sapiniére acababa de llegar a la capilla oculta bajo la granja de apicultura.

Estacionados dentro del escaso espacio del aparcamiento subterráneo había cuatro microbuses.

—¿Cómo está la madre? —preguntó.

Hoechst, el hombre de la bata blanca que cuidaba a la criatura a la que habían bautizado con el nombre de Kane, explicó a madame Sapiniére, la sacerdotisa de aquella secta religiosa secreta:

—Está ensimismada.

—¿Protesta?

—No, no ha dicho nada en todo el tiempo.

—¿Ha habido dificultades?

—Ninguna. Ha bastado tomarla de la mano y ha seguido como el más fiel de los perros.

—¿Tan fácil ha sido? —se asombró.

—Sí, no ha opuesto ninguna resistencia.

—¿Os ha visto alguien?

—Nadie.

—Entonces, comencemos la ceremonia para Kane.

—En seguida.

El hombre de la bata blanca, que atendía por Hoechst, fue en busca de Kane.

Este se hallaba muy calmado y le obedeció de inmediato.

Hacía muy poco que había tomado su alimento de sangre, leche de loba y miel.

Se dejó llevar de la mano hasta la capilla donde había una especie de trono dispuesto para él, trono en el que se sentó. Unas correas le sujetaron de manos, pies y tórax, cosa que no pareció importar a Kane.

Sus ojos miraban con maligna inteligencia y su rostro rinocéfalo y velludo inspiraba rechazo, lo mismo que sus manos de largas uñas puntiagudas, duras como el acero.

Los miembros de la secta se pusieron en fila y pasaron por delante de él haciéndole una clara reverencia de sometimiento. En realidad, no era a aquella criatura a quien se sometían, sino a Boroniev y todos estaban seguros de que el espíritu de Boroniev se hallaba dentro de aquel cuerpo horrible.

Se fueron acomodando en los respectivos asientos.

Habían acudido casi medio centenar de los miembros de la secta que había decidido seguir las enseñanzas de Boroniev, quien había tratado de conseguir la inmortalidad obligando a sus seguidores, a que practicaran el rito de la metempsícosis con su cadáver para que su espíritu transmigrara a un cuerpo recién nacido.

Aparecieron también Hoechst y dos de los miembros escogidos de la secta vestidos con el sayal negro. Entre ambos caminaba Agnes que miraba en derredor como sin ver. Fue situada delante del largo altar.

Conectaron un magnetófono con una música de sintetizadores, una música que penetraba en los oídos casi horadándolos. Parecía escapar de los contornos terrestres para saltar el infinito de las estrellas.

Ataviada con una larga túnica blanca y con el rostro muy maquillado, entró a continuación madame Sapiniére, que hizo una inclinación de cabeza a Kane y luego se dirigió a los miembros de la secta:

—Hermanos, nos hemos reunido en esta capilla lejos del mundo ruidoso, el mundo del odio que busca la destrucción de todas, para conocer lo que nuestro guía Boroniev nos anuncie, su voluntad a través de la boca de la madre de la criatura que guarda el espíritu de nuestro guía.

Madame Sapiniére poseía una palabra fácil, un verbo elocuente, un tono de voz misterioso que se imponía. Cuanto decía no dejaba lugar a dudas.

Siguió hablándoles mientras Salomon, Hoechst y dos hombres más encendían candelabros y quemaban incienso.

Agnes no decía nada. Permanecía inmóvil como una esquizofrénica catatónica, incapaz de moverse; sin embargo, la tensión iba aumentando dentro de ella.

De súbito, como si aquella capilla le hubiese recordado la capilla funeraria donde tantos cadáveres viera en su adolescencia, lanzó al aire un chillido espeluznante, que puso en tensión a todos los presentes.

Los ojos se le pusieron en blanco y toda ella tembló de pies a cabeza. Salomon y Hoechst hicieron intención de ir a sujetarla; pero madame Sapiniére la cogió de una mano y con la otra frenó a sus acólitos, como dándoles a entender que ella sola controlaba a la loca.

—Tranquilízate, Agnes, tranquilízate. Tú sabes que eres la madre, que diste a luz el cuerpo que arropó el espíritu de nuestro guía Boroniev.

Era difícil saber si fue el tono de voz, sus palabras o la presión de la mano de madame Sapiniére lo que calmaron a Agnes.

Madame Sapiniére siguió hablándole. Era patente la superioridad mental de la una sobre la otra. De la simple sugestión pasó a la hipnosis evidente.

—Estás cansada, Agnes, muy cansada y te vas a tender en la litera que tienes junto a ti. Pero no dejes que yo suelte tu mano. Agnes, eres la madre de Kane. Recuérdalo, eres la madre de Kane...

—¡No, nooo, nooo!

—Sí, sí, eres la madre de Kane. Lo alumbraste sobre el cadáver de Boroniev, él recogió el cuerpo de tu hijo, tu hijo que está muy cerca de ti, un hijo que te quiere, Agnes. Llámalo.

—¡No!

—Llámalo, te lo ordeno. Se llama Kane y te necesita. ¡Llámalo!

—Kane... Kaneee... ¡Kaneeee! —gritó al fin, desesperadamente.

El extraño ser rinocéfalo, de mirada inteligente, tuvo como un acceso de

cólera y quiso soltarse de las correas que lo mantenían bien sujeto a la silla mientras lanzaba escalofriantes gruñidos. Mas, al fin, dejó de moverse y se apaciguó como si le hubieran inyectado una droga.

La voz que comenzó a brotar por la boca de Agnes semejó de hombre. Era oscura, cavernosa, una voz que nada tenía que ver con una garganta femenina.

—Soy Boroniev. Al fin puedo hablaros, al fin puedo dirigiros la palabra...

—Boroniev, guía de nuestros espíritus encadenados, te escuchamos —le dijo madame Sapiniére, en medio de la emoción general.

—El cuerpo de Kane me proporciona muchas satisfacciones, goces que incluso antes no había soñado, pero también es un cuerpo que me encierra, que no me permite guiaros. He de cambiar.de cuerpo, Kane ya no me sirve. Kane ha de desaparecer y será cuando me ofrezcáis el cuerpo que deseo para mi nueva vida.

—Tú ordena, Boroniev, y nosotros tus seguidores te obedeceremos —le dijo madame Sapiniére.

Todos escuchaban atentamente, muy atentamente, las palabras de Boroniev que salían por boca de Agnes mientras Kane semejaba dormido. Las palabras saltaban de la mente de la criatura, sólo un cuerpo de bestia, a la garganta de Agnes y brotaban por su boca exigiendo un ceremonial macabro y sangriento que ellos estaban dispuestos a llevar a la práctica, sin pensar en las terribles consecuencias.

CAPITULO XII

—Hola, July.

—Buenas noches, míster Howard. ¿Cómo va su pierna? —preguntó la muchacha con la mejor de sus sonrisas.

—Haciendo lo que se puede, hija; haciendo lo que se puede.

—¿Y Raquel?

—No está.

—¿Va a volver en seguida?

—No sé. Andamos algo preocupados.

—¿Ha pasado algo, míster Howard?

—No, nada importante. Pero no sé cuándo volverá Raquel. La verdad, le he regalado un coche por haber aprobado los exámenes y...

—¿Un coche nuevo? Será bonito, claro.

—Bueno, he hecho lo que he podido. Es un deportivo descapotable blanco. ¿No te lo ha enseñado?

—No, aún no. Deberá pensar que las amigas sin coche deportivo descapotable somos de una casta inferior.

—Vamos, no será tanto. Tu padre también te va a comprar un coche un día de éstos, ¿no?

—Mi papá no negocia con los cadáveres, míster Howard. Ah, dígale a Raquel que he venido a verla, pero ya no me acuerdo de que tenía que decirle.

Míster Howard se molestó por las palabras de July, pero se contuvo y procuró no demostrárselo.

—Buenas noches, July —dijo, sin perder su amabilidad, y cerrando la puerta.

July había salido ya del pequeño jardín que los Howard tenían delante de la casa cuando un automóvil frenó casi a su misma altura.

—¡Raquel!

July se detuvo. Había reconocido la voz. Quedó quieta. No se movió, dándole la espalda.

Oyó con claridad el abrir y cerrar de la portezuela del automóvil y los pasos a su espalda. Notó las manos fuertes, viriles, cogiéndola por los brazos, casi por los hombros.

—Raquel, ¿por qué no entras en razón?

July no contestó y ladeó su cuerpo evitando que Dennis pudiera verle la cara.

—Vamos, no seas niña. ¿Sigues enfadada conmigo?

Ella negó con la cabeza, sin hablar para que la voz no la delatara.

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

July se revolvió con mucha rapidez y a la escasa luz de la calle donde había pocas farolas iluminándola, pegó sus labios a la boca del hombre, besándole. No le había dado ni tiempo a mirarla.

El beso fue largo, apasionado, casi violento por parte de ella.

Cuando Dennis Last se separó de la mujer, ambos jadeaban.

—Raquel... ¡No, tú no...!

Ella se echó a reír. Los ojos le brillaban de burla. Estaba excitada. Se había dado cuenta de que él acababa de descubrirla.

—¿Verdad que Raquel no besa como yo?

—¡Tú eres July!

La joven siguió riéndose.

—Sí. No sé por qué siempre me confundes con Raquel.

—Eres una chica endiablada, July, endiablada. ¿Por qué te haces pasar por Raquel? ¿Por qué?

—Yo no me he hecho pasar por Raquel. Estaba de espaldas y tú me has llamado Raquel y me has cogido por los hombros amorosamente.

—Es que has salido de Casa de los Howard. Además, tienes una estatura similar, el mismo color de pelo, hasta llevas un peinado igual que Raquel. Es lógico que sufriera una confusión.

—Sí, siempre nos dicen que nos parecemos mucho. Por cierto, ¿no te ha contado Raquel que tengo un billete de dos dólares puesto en un marquito en mi habitación?

—¿Dos dólares en un marquito? No entiendo nada.

July volvió a reírse.

—Cuéntaselo a Raquel y ella te dará una explicación. Por cierto, hay confusiones que son muy gratificantes. Si te cansas de Raquel, ya sabes cómo puedo recibirte yo, sargento...

—July, vale más que cambies. Llevas mal camino.

—¿Me estás diciendo que acabaré siendo una furcia?

—No sé. Pero me temo que no tienes principios, todo te da igual.

—Todo, no, te aseguro que tú eres muy especial. Guardo un gratísimo recuerdo de la funeraria; nunca se me hubiera ocurrido imaginar que en una funeraria iba a pasarlo tan bien.

—Eres imposible, July.

—Si terminas casándote con Raquel, yo puedo ser una magnífica amante. No me importaría.

—¿Por qué odias a Raquel?

—¿Odiarla? —se echó a reír—. Si sólo es un juego. Ah, no te ha perdonado aún lo que ocurrió en la funeraria. Oye, ¿quién escogió aquel sitio para hacer el amor, tú o ella?

—Está visto que es imposible hablar contigo en serio..

Se apartó de ella para dirigirse a la casa. July, vuelta hacia él, le dijo:

—Tampoco se puede hablar con ella porque no está en casa.

—¿No está? —inquirió, deteniendo su avance.

—Ha salido a pasear con su deportivo blanco regalo de papá y como está furiosa, no me extrañaría que estuviera rodando a gran velocidad.

Dennis Last se metió en su coche y lo puso en marcha, encendiendo los

faros.

—No vuelvas a repetir lo que has hecho, July. No te va a hacer ningún bien suplantar a Raquel. Tú tienes tu propia personalidad. No pretendas parecerte a otra persona.

Sin esperar respuesta, Dennis Last se alejó dejándola sola.

July se encogió de hombros y echó a andar por la calle solitaria; pensaba coger el bus.

—¡Raquel!

Al oír aquella interpelación en un tono de voz profundo, tuvo un momento de rechazo, pero luego sonrió.

«¿Por qué no seguir jugando?», pensó.

—¡Raquel!

—¿Sí?

Se le acercó una mujer de aspecto cincuentón, aunque tenía menos años.

—¿Qué le pasa?

—Ven.

Caminó hacia Agnes; cerca había una ranchera estacionada. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde. Dos hombres surgieron de entre las sombras.

—¡Ah!

Le pusieron un algodón impregnado en narcótico sobre el rostro; forcejeó, pero no pudo liberarse y perdió el sentido.

—Vamos, aprisa —pidió uno de los hombres.

Cargaron a la muchacha inconsciente dentro de la ranchera y la cubrieron con una manta.

—Vete —ordenó Salomon a Agnes.

—¿No temes que pueda decir algo? —rezongó el otro hombre.

—No, no dirá nada. Está hipnotizada.

—Yo no estaría tan seguro. ¿Y si acude a la policía?

—Si madame Sapiniére dice que esta hipnotizada, es que lo está. ¿Sabes, cuál es la última orden que le dio la madame?

—No.

—Que cuando vea dos luces acercándose a ella a gran velocidad corra a abrazarlas.

—Eso es un suicidio, se va a dar de lleno contra un coche.

—O un camión y será un accidente o mejor, un suicidio. A nadie le extrañará que una loca se tire contra un coche.

—Qué fácil es preparar la muerte a alguien que molesta.

—Fácil cuando se tiene mucha inteligencia y poder de hipnosis como madame Sapiniére.

—Oye y la madame, ¿cuántos años tiene?

—No lo sé, y no me atrevería a preguntárselo. Dice que siguiendo las doctrinas de Boroniev tendrá vida eterna.

La ranchera se alejó, desapareciendo en la oscuridad.

Agnes pasó por delante de la casa de los Howard. La conocía muy bien, se

había fijado en ella desde la niñez. Era una casa como sabía no iba a tener jamás.

Frente a la puerta se sintió indecisa, pero optó por seguir adelante, sin entrar en el jardín. Anduvo por la calle solitaria, con apenas farolas iluminando los trechos, cuando vio llegar a gran velocidad dos faros muy luminosos, dos ojos llenos de luz.

Dentro de sí sintió un impulso irrefrenable de correr hacia las luces y abrazarlas y saltó de la acera para correr hacia los faros que a gran velocidad avanzaban por la calle.

Raquel regresaba a su casa después de dar innumerables vueltas por el distrito, buscando a Agnes. Su pie presionaba ahora demasiado sobre el pedal del acelerador, máxime teniendo en cuenta que llevaba entre sus manos el volante de un motor potente y una carrocería ligera.

De pronto, ante las luces de los faros halógenos, vio la figura de Agnes.

Parecía enloquecida, con los brazos abiertos, tratando de atraparla. Era como una alucinación surgida de las tinieblas diabólicas.

Por un instante, no supo si se trataba de una pesadilla o algo real, tangible, pero soltó el acelerador y pisó a fondo el freno mientras desviaba el coche haciendo girar el volante.

—¡Nooo! —chilló, desencajando su rostro.

Notó el golpe del cuerpo.

Agnes saltó de costado y desapareció de su vista mientras el coche, en medio de un rechinar escalofriante de neumáticos, golpeaba de lado contra un árbol.

Siguió adelante sobre dos ruedas y cuando parecía que iba a volcar, otro giro de volante le hizo cambiar de posición cuando ya Raquel veía todo dar vueltas frente a sus ojos.

Terminó derribando una verja de madera, internándose en un jardín y estrellándose contra la base de un porche mientras el claxon quedaba sonando y las ventanas de las casas se iluminaban.

Las puertas se abrieron para averiguar lo que había sucedido.

CAPITULO XIII

Cuando July despertó, sintió un fuerte dolor de cabeza.

Observó en derredor y no vio más que paredes lisas, una luz tenue en el techo y una puerta con una mirilla telescópica, no para mirar ella, sino para que pudieran verla desde el exterior.

—Dios mío, esto es una celda.

Se miró a sí misma. Estaba desnuda. Sólo llevaba un cinturón ancho que en los costados tenía unas anillas en las que quedaban sujetas sus muñecas. Forcejeó para liberarse y no lo consiguió.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —gritó. Levantándose de la litera, fue hasta la puerta y golpeó con el pie.

No tardó en abrirse la puerta y aparecieron dos hombres y una mujer cuya mirada le produjo miedo.

—De modo que tú eres Raquel...

—¿Raquel? ¿Quién? ¿Quién es usted?

—Madame Sapiniére.

—¿Madame Sapiniére? No sé quién es usted y no me llamo Raquel, no me llamo Raquel.

—¿Le habéis aplicado demasiado narcótico? —preguntó la madame.

Hoechst respondió:

—No. El cloroformo y luego una inyección controlada para poderla bañar, hacerle el lavado y el maquillaje propio del ceremonial.

—¿Lavado, maquillaje? ¿Qué me han hecho?

July se miró mejor a sí misma y comprobó que sus uñas estaban pintadas en rabioso rojo y sobre el cuerpo le habían dado unas pinceladas cuyo significado ignoraba.

De tener un espejo, habría visto que su rostro también estaba maquillado y pintado con unos signos herméticos que ella era incapaz de descifrar.

—Será mejor que no te irrites. Ya no podrás evitar tu destino. Acepta las cosas como son y serás grande, importante.

—¿Qué es lo que he de aceptar? ¿Quiénes son ustedes? —inquirió, apartándose para que no se le acercaran demasiado.

—Un hombre, una criatura, va a amarte, va a poseerte en medio de una ceremonia.

—¿Ceremonia? ¿Qué clase de ceremonia? —preguntó al borde del sollozo.

—No necesitas saber tanto. Digamos que es una ceremonia secreta. No tenemos tiempo para mentalizarte. Te conviene ceder y ser buena. Si te pones violenta, será peor para ti.

—¿Quiénes sois? ¡Quiero salir de aquí!

—Raquel, la criatura es un poco violenta en ocasiones, bueno, un poco, no. Posee unos dientes de temer y no son pocas las personas que han caído víctimas de sus dentelladas.

—¿La bestia degolladora?

—Bueno, la prensa la llama así.

July se tambaleó, sintió un frío atroz y lo peor es que no podía escapar, se daba cuenta de ello. Mientras permanecía inconsciente, la habían preparado para un sacrificio.

—¡La policía, la policía vendrá!

—¿La policía? Vamos, no seas niña, aquí estamos muy seguros. Ahora, prométeme que te portarás bien.

—¡Noo!

Salomon preguntó:

—¿Qué hacemos?

—Hoechst, un tranquilizante; pero que no la afecte.

Salomon avanzó hacia ella mientras Hoechst abría un estuche de plástico en el que había una jeringuilla ya preparada.

—¡Nooo! —gritó July, tratando de escapar.

Salomon la cogió con relativa facilidad ya que July tenía las manos bien sujetas al cinturón por las anillas y la volvió sobre la litera boca abajo.

Pataleó, mas no pudo evitar el pinchazo. Chilló como una fiera defendiendo su vida, mas nada podía hacer. Poco a poco, notó que le faltaba el aire y respiraba con más fuerza; sin embargo, su violencia se apaciguaba. Todos sus miembros adquirían laxitud, mas no perdió el sentido.

—Con la rebeldía que has mostrado no puedo emplear la sugestión contigo.. Me hubiera gustado más, pero ya no hay tiempo.

—¡Yo no soy Raquel, yo no soy Raquel!

—Desvaría —dijo Salomon.

—Este sedante la dejará tranquila, pero consciente.

No mucho más tarde, la capilla estaba llena de los fieles seguidores del enigmático Boroniev. En esta ocasión, todos vestían cerradas túnicas de color oro y unas anchas cintas rojas alrededor de la frente.

Madame Sapiniére, con su túnica larga y también áurea, en ceremonial especial, se acercó a un gran atril de hierro forjado que soportaba un antiquísimo libro abierto.

Comenzó a leer de él con voz quejumbrosa y los demás siguieron las herméticas letanías cuando aparecieron Salomon y Hoechst con July que miraba desconcertada a su alrededor.

Algo dentro de ella se rebelaba, quería gritar, pero no le salía la voz. Sabía que estaba al borde de algo monstruoso y ella iba a ser víctima del sacrificio.

Tendieron a July sobre el altar, dejándola boca arriba, mientras proseguían las siniestras letanías. El cinturón continuaba rodeándola el talle y las manos estaban sujetas a él.

Permaneció así, boca arriba durante un tiempo que no pudo precisar, cuando junto a ella descubrió una cabeza que la horripiló. No podía decirse que fuera una bestia y tampoco humana. Era algo horrible, con mirada inteligente, un aborto de la Naturaleza, posiblemente.

Quiso escapar del altar y fue inútil, carecía de fuerzas. La criatura rodeó el altar mientras sonaban las monótonas letanías y como fondo se oía una música tenue, apenas perceptible.

La criatura le puso las manos encima, aquellas manos con uñas duras y puntiagudas que semejaban garras velludas y pardas. Se horrorizó, su cuerpo se estremeció convulsivamente, pero no podía escapar, no podía.

—¡No, por favor, no! —suplicó y gimió con voz apenas audible.

Obviamente, aquélla no era la misma situación con que se había encontrado en la funeraria. La bestia asesina, de mirada inteligente pero maligna, en nada se parecía a Dennis Last.

July vio en su mente como un volcán echando lava que quemaba. Abrió los ojos y vio la cabeza de Kane que estaba sobre ella mientras todo su cuerpo era sacudido con violencia.

—¡No, nooo! —consiguió gritar, pero sus gritos no eran atendidos por nadie.

La criatura dejó escapar un grito mezcla de aullido y maullido, con tal fuerza que a July le dolió la cabeza. Luego, se desplomó sobre ella, gimiendo.

July comenzó a llorar y no pudo ver como madame Sapiniére, sin dejar de salmodiar extrañas y herméticas letanías diabólicas, se les acercaba con una impresionante daga de más de dos palmos de larga.

La hoja, afiladísima, brillaba a la luz de las velas rojas.

Entre varios hombres sujetaron a Kane tal como estaba y la propia madame Sapiniére, cogiéndola por los cabellos, le levantó el rostro.

Ante los ojos aterrorizados de July, le degolló.

La muchacha notó contra su propio cuerpo las contracciones de la bestia que se rebelaba a morir y la sangre del degüello cayó a chorros sobre la cara de July como un manantial horriblemente rojo y cálido.

El gorgoteo fue algo alucinante, pero la joven aguantó cerrando los ojos y diciéndose a sí misma que todo era una pesadilla. Mientras quedaba cubierta de sangre, notaba sobre sí las sacudidas de la criatura que agonizaba.

July ya lo veía todo rojo, tan rojo que dejó de ver, pero se dio cuenta que la criatura bestial y asesina llamada Kane dejaba de estremecerse. Había muerto.

Ya no notó aquel peso sobre sí y se dio cuenta de que la cubrían con la capa cuando un dolor intensísimo semejó querer hacer estallar su cabeza.

Se sintió como sumergida en un remolino succionador. Algo había penetrado en su mente, algo que no le pertenecía, algo que la dañaba y pretendía absorberla con su diabólica fuerza.

Fue tan grande el dolor cerebral que gritó y gritó hasta que ya todo fue oscuridad y tinieblas para ella.

CAPITULO XIV

Cuando Raquel Howard abrió los ojos, su mente ya estaba trabajando, desconcertada.

«¿Dónde estoy? ¿Qué me ocurre? ¿Dónde estoy?»

Vio un rostro cerca, una enfermera que le sonreía.

—¿Cómo se encuentra, miss Howard?

—¿Qué me pasa?

—Nada, nada grave. Está usted descansando.

Otro rostro se le acercó y lo reconoció de inmediato.

—¡Dennis!

—Hola, Raquel.

—Dennis, ¿qué me sucede?

—Por suerte, nada grave. Algunos moretones por todo el cuerpo, un corte en la ceja del que no te quedará ni señal, un par de esparadrapos aquí y allá, nada más; sin embargo, antes de salir del centro médico, te harán varios análisis, ya sabes, de sangre, de orina, un electroencefalograma por si tu cabecita loca está demasiado preocupada, etcétera.

—He chocado con el coche, ¿verdad?

—Sí y tuviste mucha suerte, pisaste bien el freno; pero, hay que reñirte, ibas a demasiada velocidad. Quizá el juez te imponga una multa y alguna advertencia en tu carnet de conducir para que en el futuro seas más prudente, pero nada más.

—Dennis... —le cogió la mano, oprimiéndosela—. Ahora, ahora recuerdo... Buscaba a Agnes, sí, la buscaba, y de pronto ella apareció ante mí. Se me echó encima como una fantasmagórica aparición.

—Lo sé, ha habido un testigo que lo ha declarado así. Ella se echó sobre tu coche como si pretendiera suicidarse.

—¿Y Agnes, Agnes ha muerto?

—No, por suerte no ha muerto. Puede que el juez te lo perdone todo porque giraste muy bien el volante; estuviste a punto de arrollarla pero no lo hiciste. El parabrisas le dio un fuerte golpe en el brazo que la lanzó lejos, sólo le diste en el brazo.

—¿Nada más? —preguntó, todavía temblando.

—Bueno, el brazo está partido y también tiene otros huesos rotos a consecuencia de la caída. Está metida en yeso, pero se salvará sin lugar a dudas. Tu padre ha declarado y ha quedado todo claro al saberse que hacía poco que ella había salido del psiquiátrico del Estado.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—¿Crees que se podrá averiguar cuáles son las motivaciones que impulsaron a Agnes a lanzarse sobre tu coche, siendo que su mente está enferma?

—Pobre Agnes. Quizá deseaba dejar esta vida oscura y triste para ella.

Tantos años recluida en el psiquiátrico... Aunque no hubiera estado loca, tenía que haber enfermado allí dentro. Qué contenta estoy de que se haya salvado.

—Tu padre está visitándola ahora. Cuando le avisen de que has despertado vendrá de inmediato.

* * *

Dos días más tarde, Dennis Last se presentó en la residencia de los Howard y la propia Raquel le abrió la puerta.

—¡Dennis!

La cogió por la cintura y le dio un beso suave en los labios.

—Pasa, pasa.

—¿Está tu padre?

—No, en este momento no; pero está a punto da venir.

—¿Cómo están tus moretones?

—Me duelen un poco. He tenido suerte de que no me quedara marcada la cara.

—El cristal parabrisas quedó hecho pedazos y los hierros del marco del parabrisas son muy peligrosos en estas situaciones.

—Creo que he cometido demasiadas tonterías, Dennis. ¿Quieres un whisky?

—Mejor una cerveza.

—En seguida —desde la cocina, preguntó—: ¿Sabes cómo está Agnes?

—Evoluciona bien.

—Sin embargo, pareces preocupado.

Antes de contestar, Dennis bebió del vaso bordeado de espuma.

—¿Ha venido a visitarte July? —preguntó.

—¿July? ¿Qué pasa con ella? —inquirió súbitamente molesta, frunciendo el ceño.

—La noche del accidente, antes de que éste ocurriera, la vi aquí delante de tu casa.

—¿July aquí en mi casa y tú con ella?

—Vamos, vamos, no seas chiquilla. Creía que ya habíamos zanjado el asunto de la funeraria.

—¿Y qué pasa ahora con July?

—Ha desaparecido.

—¿Estás seguro?

—En la estación de policía hemos recibido la petición de búsqueda por parte de su familia. Esta denuncia no corresponde a mi departamento de homicidios, pero me he enterado.

—¿July desaparecida? Qué raro. ¿Qué puede haberle pasado?

—Es lo que falta averiguar. No desaparecen pocas personas; algunas son encontradas luego en otro estado, otras con un simple ataque de amnesia. A otras jamás se las vuelve a ver y en un pequeño número...

—¿Muertas?

—Desgraciadamente, es cuando entra en acción el departamento de homicidios al que yo pertenezco.,

—¿De verdad crees que puede haber muerto?

—Me inquieta esa bestia o lo que sea que ha matado a tantas personas de forma tan desagradable.

—¿De veras temes que July pueda ser una víctima de la bestia degolladora? —inquirió Raquel, estremeciéndose.

—Por todos los datos que hemos conseguido reunir, el asesino o lo que sea se guarece y opera en un radio de acción próximo a esta ciudad.

—¿No decías que había aparecido en el estado vecino?

—Sí, pero se han hecho cálculos y da la impresión de que fue a cometer el crimen y regresó.

—Dennis, me asustas con tus suposiciones.

—Es muy extraño que July haya desaparecido, ¿no?

—Es una chica muy independiente.

—Sí y le gusta jugar demasiado a situaciones peligrosas y eso le puede acarrear problemas de los que puede salir mal parada. Los patrulleros siguen buscándola, no como una desaparición especial, sino como una más. Las chicas, a vuestras edades, desaparecen con demasiada frecuencia. Muchas son las que deciden emprender una vida independiente sin avisar a nadie, pero otras aparecen violadas y asesinadas. Si pasaras en alguna ocasión por la Morgue te darías cuenta de la tragedia, de la sangre, de la violencia y el crimen que están agazapados.

—Por favor, no me cuentes todo eso. Llámame egoísta si quieres, pero todavía tengo fuertes jaquecas a causa del choque y no me hubiera perdonado en toda mi vida si llego a matar a Agnes.

—Está probado que no tuviste la culpa. No debes tener remordimientos.

Se abrió la puerta de la casa y en el umbral apareció míster Howard, apoyándose en su muleta de aluminio.

—Buenos días, míster Howard.

—Ah, hola, Dennis.

—Papá, ¿cómo está Agnes?

—De los huesos se curará, no hay duda; pero me temo que su mente ya está perdida.

—¿Lo ha dicho un psiquiatra? —preguntó Dennis Last.

—Ha ido a visitarla el psiquiatra director del centro estatal. Por cierto, dice que si te encuentras bien sería bueno que pasaras a visitar a Agnes, Raquel.

—Sí, iré a verla.

—Es que no cesa de repetir tu nombre.

—¿Me reconoció dentro del coche?

—Posiblemente. Yo le he dicho al psiquiatra director que tú no estás muy bien aún.

—Iré, papá.

—Tranquilícese, míster Howard, yo la acompañaré.

—Siendo así, te lo agradezco; yo me siento muy fatigado. Qué raro que se haya obsesionado tanto con tu nombre, qué raro. Es como si tuviera una fuerte sensación de culpa.

—Es lógico, míster Howard. Se lanzó contra el coche de Raquel.

—Puede ser, pero el psiquiatra opina que puede haber algo más, algo que aún no sabemos.

—¿Y qué puede ser, papá?

—Creo que es el psiquiatra quien debe decirlo.

CAPITULO XV

El doctor Potters se hallaba en la habitación del centro médico donde convalecía Agnes, visiblemente enyesada en varios lugares de su cuerpo.

Estaban corridas las cortinas y reinaba una penumbra suave. No había la claridad luminosa de otras estancias semejantes. El psiquiatra había ordenado aquella penumbra que tranquilizaba y relajaba.

En la estancia entraron Raquel y Dennis. El psiquiatra estaba allí, repasando un dossier que llevaba consigo en un portafolios

El médico hizo una señal con el dedo índice sobre sus labios, pidiendo silencio. Raquel se acercó a la cabecera de la cama. Agnes tenía los ojos cerrados. Luego, se aproximó al psiquiatra.

—¿Cómo está?

—Confundida. ¿Es usted Raquel Howard?

—Sí —señaló a Dennis y presentó—: Es el sargento Last, de la brigada de homicidios.

—Bien; yo soy Potters, director del centro psiquiátrico estatal.

Dennis se le acercó más y con un cuchicheo pregunto:

—¿Cómo está la mente de esa pobre mujer?

—Muy confusa. Sólo hace que preguntar por Raquel, por usted, señorita.

—¿Siente remordimientos?

—Puede ser. Voy a hacerle una hipnosis para averiguar por qué se lanzó contra su coche.

—¿Quiere que salgamos?

—No, no, me ayudarán. Siempre ha sido una paciente muy difícil.

—¿Cree que con la hipnosis averiguará lo que impulsó a esta mujer a correr hacia el coche? —preguntó Dennis Last.

—No es seguro; pero teniendo a la señorita Howard cerca, hay posibilidades.

El psiquiatra sacó un gran medallón que colgaba de una cadenita. El medallón era de bronce y en su centro tenía un cristal rojo que se iluminó tras mover un pequeño resorte, lo que hizo suponer a Dennis que dentro poseía una diminuta pila eléctrica.

El médico movió el medallón encendido en forma de péndulo y comenzó a llamar:

—Agnes, Agnes, despierta, despierta, soy tu amigo, el doctor Potters...

Agnes abrió despacio los ojos. Sus pupilas descubrieron el medallón con su lucecita roja oscilando pendularmente y comenzaron a seguir este movimiento.

—Agnes, ahora estás a salvo, bien atendida. Los que te queremos cuidamos de ti. ¿Me oyes, Agnes?

—Sí, doctor —asintió en un susurro.

—Raquel está a tu lado, Agnes, está a tu lado.

—No la veo, doctor.

—Raquel cogerá tu mano y te hablará al oído.

Raquel cogió la mano de Agnes y ésta la oprimió con sus dedos.

—Raquel, te he traicionado, perdóname, Raquel, perdóname.

—¿Por qué crees que has traicionado a Raquel? —preguntó el psiquiatra.

—Las abejas, la han llevado con las abejas.

Raquel miró interrogante al psiquiatra; no entendía nada.

—¿Dónde están las abejas, Agnes? —preguntó Potters.

—No lo sé. Me llevaron en un coche, me llevaron en un coche —repetía con voz débil—. También han llevado a Raquel. Las abejas me dan miedo, hay millones de abejas. Vuuuuuuuuelan, vuuuuuuuelan, tengo miedo a las abejas...

—¿Ves las abejas, Agnes, las ves?

—Sí, tengo miedo, las veo, hay millones, están al otro lado del cristal, tengo miedo.

Raquel notó el temblor de la mano de Agnes, que se estremecía de miedo.

El psiquiatra prosiguió aquel sutil interrogatorio en el que la paciente se hallaba en estado de hipnosis.

—¿Por qué estás con las abejas, Agnes?

—Madame me llevó allí, allí está mi hijo Kane. Mi hijo es horrible, horrible... Tengo miedo a mi hijo. Kane es horrible.

—¿Madame qué, Agnes, madame qué?

—Madame Sapiniére. Ellos tienen a mi hijo, es horrible, horrible, tengo miedo de mi hijo. Pobre Raquel, ¿qué te pasará ahora? Tengo que abrazar los ojos de luz, tengo que abrazar los ojos de luz... Raquel, Raquel, perdóname, perdóname, ¡perdóname! —comenzó a gritar—. ¡Mi hijo es horrible, huye de él, huye! ¡Ellos te quieren, Raquel, huye, huye! —chillaba desesperadamente.

—Tranquilízate, Agnes, tranquilízate —le pidió la propia Raquel, oprimiéndole la mano con más fuerza.

—Raquel está a salvo, Agnes, está a salvo. Tranquilízate, y duerme, Raquel está a salvo.

—Por favor, Raquel, que maten a mi hijo, que lo maten, es monstruoso.

Y torció la cabeza, quedando profundamente dormida.

—Despertarás, Agnes, y ya no sufrirás por Raquel porque Raquel está bien. Cuando se encienda la luz, despertarás...

Dejándola profundamente dormida, abandonaron la estancia.

El psiquiatra preguntó a Raquel:

—¿Qué le dice a usted eso de las abejas?

—Nada, doctor, nada.

—¿No hay abejas cerca de su casa?

—No, salvo las que puedan acudir a las flores del jardín.

—Es extraño. Tampoco había abejas cerca del psiquiátrico; sin embargo, ella está obsesionada por las abejas.

—Y por su hijo —le dijo Dennis.

—Sí, ése ha sido siempre su gran trauma. Dice que parió sobre un ataúd en el que había un cadáver, lo cual es absurdo.

—No tan absurdo si eso ocurrió en una ceremonia diabólica; desgraciadamente, existen muchos seres psicópatas, sádicos y hastiados de todo que las practican.

—Sí, es una posibilidad —admitió—. Ella perdió a su hijo nada más nacer y jamás ha recordado cómo ni dónde. Lo que sí es cierto es que el hijo no ha aparecido jamás.

—De eso tengo entendido que han pasado veinte años. ¿Puede haberse reencontrado con su hijo? —preguntó Dennis.

—Si ella dio a luz cerca de aquí, es una posibilidad —admitió el psiquiatra —. Lo que no comprendo es por qué dice que es horrible y monstruoso.

—Precisamente estamos buscando a un ser horrible que mata —explicó Dennis Last.

—¿El asesino degollador? —exclamó Raquel, excitada.

—Es una posibilidad, admito que muy remota pero cualquier posibilidad debe tenerse en cuenta en un asunto tan oscuro como éste. Por cierto, hay un hecho importante a tener en cuenta.

—¿Cuál? —preguntó Raquel.

—El último en ver a July parece que fui yo y la vi delante de tu casa, es más, llegué a confundirla contigo. Era de noche y estaba de espaldas.

Raquel, molesta, se quejó:

—¿Otra vez la confundiste conmigo?

—Estaba de espaldas —repitió paciente—. Me dijo que tú no estabas en casa, que buscabas a Agnes y yo me marché. Luego tú encontraste a Agnes que se echaba encima de tu coche y yo me pregunto: ¿La vería ella antes y la confundió también contigo?

—Podría ser, siendo de noche. July se peina como yo y viste de forma parecida.

—Ella ha hablado de un coche, un coche que se la llevó primero a ella con las abejas y luego a ti, Raquel; pero como resulta que no fuiste tú, pudo ser July. Eso explicaría su desaparición. ¿Lo has comprendido?

—Sí. Pero ¿quién podría llevarse a July, confundiéndola conmigo?

—Quizás los miembros de esa secta que hicieron dar a luz a Agnes sobre un cadáver. Esa gente debe tener a ese muchacho, a Kane, del cual su madre dice que es monstruoso. Eso explicaría muchas cosas trágicas ocurridas en esta ciudad y sus alrededores. Y yo me digo, ¿qué mejor lugar para ocultarse que donde haya muchas abejas, de las cuales todos huimos?

—¿Cuál es, según usted, la explicación final de todo esto, sargento? —preguntó Potters, no demasiado convencido.

—Se la daré cuando lo averigüe todo. Vamos a mi coche, hay que darse prisa. July está en peligro, si es que no llegamos ya demasiado tarde.

CAPITULO XVI

Madame Sapiniére tenía reunidos en la capilla a los principales seguidores de la secta. No se trataba de un ceremonial, sino de una reunión explicativa.

—Todo ha ido bien —decía madame Sapiniére con su voz pastosa—. La muchacha tiene la semilla en su cuerpo y también está el espíritu de Boroniev dentro de ella. La mente de July está confundida, los dos espíritus luchan por ocupar su cerebro, pero esta situación terminará justo cuando acabe la gestación y dé a luz a la criatura. Boroniev abandonará entonces el cuerpo de la madre, ocupando el cuerpo del nuevo ser. Esta vez no será un fracaso como Kane.

—¿Y la madre? —preguntó uno de los asistentes.

—Cuando deje de ser necesaria, la haremos desaparecer. No saldrá de aquí hasta que dé a luz a su hijo y dentro de él, al espíritu de Boroniev que guardará dentro de sí durante estas nueve meses próximas. Luego lo amamantará y desaparecerá para siempre.

—¿Y si muere durante la gestación? —preguntó otro de los asistentes.

—El espíritu de Boroniev seguirá dentro de ella y sería necesario practicar un nuevo ceremonial de metempsicosis. Esperemos que eso no ocurra, hemos seguido al pie de la letra las órdenes que Boroniev nos dio por boca de la madre de Kane. Serán nueve meses particularmente difíciles porque durante este tiempo dos espíritus anidarán en el mismo cuerpo. Pero a medida que el feto vaya agrandándose, Boroniev irá ocupándolo dejando tranquila la mente de la madre. Boroniev resucitará dentro de nueve meses y será el profeta de toda la humanidad. Nosotros lo habremos conseguido y el destino del mundo entero cambiará.

Mientras, July se hallaba sola en su celda.

La cabeza le dolía profundamente y tenía una gran confusión mental. Dentro de sí oía una voz masculina que la aterrorizaba.

La puerta se abrió para dar paso a la mujer que habían destinado como su cuidadora. Llevaba consigo una bandeja de alimentos. Para depositarla sobre la mesa, le dio la espalda.

July, que se hallaba en pie, aprovechó aquel momento para coger la silla que tenía a su alcance. La levantó en el aire y justo cuando la cuidadora se volvía, la descargó contra su cabeza.

El golpe fue brutal.

La mujer cayó boca arriba y July, con la silla rota, continuó golpeándola hasta dejarla muerta.

Jadeante, mientras dentro de su cabeza la voz masculina le gritaba, salió corriendo de la celda.

Se internó por un corredor y llegó cerca de una cortina; pudo oír la voz de madame Sapiniére al otro lado. July se echó hacia atrás y prosiguió por otro corredor que la llevó a una escalera descendente que terminaba en el

estacionamiento subterráneo.

Vio varios vehículos, microbuses y automóviles, y la rampa de salida.

La cabeza le dolía tan horriblemente, que era incapaz de pensar. Sólo sabía que tenía que huir, huir.

Subió al coche que ya estaba encarado con la rampa de salida. Se sentó ante al volante, dio a la llave de contacto y lo puso en marcha.

Pisó el acelerador hasta el fondo y el automóvil, rugiendo, subió rabiosamente por la rampa. La puerta estaba cerrada, pero ante el violentísimo impulso saltó hecha pedazos. El cristal parabrisas se partió.

July chilló desesperadamente; una nube de abejas arremetió contra ella mientras hacía rodar el coche entre las colmenas, varias de las cuales saltaron a su paso.

El coche hizo un terrible destrozo entre las colmenas y las abejas, en número de millones, se convirtieron en una nube que penetró en el coche, pegándose a él furiosamente.

—¡Aaaaaagh! —gritaba July, cubierta de abejas que la aguijoneaban.

El coche, tras rodar entre las colmenas, enfiló de nuevo por la rampa hacia abajo seguido de la nube de abejas hasta estrellarse al fondo del estacionamiento contra uno de los microbuses mientras la nube de hostilizadas abejas se internaba también en el túnel.

Al no haberse puesto en marcha el sistema de aireación y humos para la expulsión de las abejas, éstas se introdujeron por los corredores del subterráneo hasta llegar a la capilla satánica, sorprendiendo a los allí reunidos.

—¡Noooo! —gritaron.

—¡Hay que huir de aquí! —chilló madame Sapiniére rodeada de abejas.

Buscando la salida, todos se dieron de lleno contra la nube de abejas que les envolvió.

Afuera, la policía había presenciado la locura del coche de July y Dennis pidió:

—¡Gases lacrimógenos!

Los agentes, arriesgándose mientras llegaban equipos especiales que pudieron evitar los aguijones de las abejas, comenzaron a disparar gases lacrimógenos hacia el interior del túnel y el humo de éstos no tardó en escapar por las chimeneas de aireación de los subterráneos.

—¡Hay que salvar a July! —gritaba Raquel.

—No se puede entrar ahí sin trajes especiales —le dijo Dennis.

Algunos millares de abejas abandonaron los sótanos, enloquecidas por los gases lacrimógenos.

Vieron salir a una figura alta, tambaleándose. Era imposible reconocerla cubierta como estaba de abejas, como si éstas fueran su segunda piel.

Ya en el exterior, cayó al suelo.

Dennis cogió el extintor de incendios del coche y arriesgando su vida corrió hacia aquel cuerpo y lo roció con el extintor, matando así a no pocas abejas. Las que escaparon vivas trataron de picarle a él; pero otras agentes

acudieron en su ayuda con más extintores, atacando a las abejas.

El cuerpo que yacía en el suelo era ya un cadáver y Dennis, al verlo tan hinchado y desfigurado, por las picaduras, opinó:

—Va a ser muy difícil identificarle.

EPILOGO

—¿Se ha podido comprobar que aquel ser tan horrendo que se halla enterrado en la granja de las abejas era el asesino degollador?

Dennis Last respondió a Raquel:

—Sí, no cabe duda. El gabinete de identificación ha establecido que las huellas de la dentadura y las garras eran las mismas. Lo que no se entiende es por qué degollaron ellos mismos a ese engendro.

—July murió de una forma horrible.

—Sí y la identificación no fue nada fácil. Parece mentira cómo cambiamos tras un ataque masivo de abejas. Ha habido ocho muertos, entre ellos la llamada madame Sapiniére, y siete personas están muy graves a consecuencia de las picaduras. Puede que algunos vayan muriendo y los demás, se salvarán. Cuando se recuperen, comenzarán los interrogatorios. Se tuvo que fumigar toda la granja para acabar con las abejas y poder investigar a fondo aquel reducto de fanáticos diabólicos. No sé si alguna vez llegaremos a saber todo lo que hicieron. Agnes fue una de sus víctimas y tú habrías ocupado el lugar de July si no le hubieran confundido contigo.

—Qué miedo, Dennis. Pobre July; qué muerte más horrible ha tenido.

Mientras, en la funeraria, míster Howard dirigía personalmente los trabajos de embalsamamiento del cadáver de July, una vez practicada la autopsia.

—Va a ser muy difícil dejarla reconocible —opinó el embalsamador, moviendo la cabeza.

Míster Howard rezongó:

—Debo estar haciéndome viejo, porque me parece oír un aullido de rabia y no sé de donde procede.

—Bah, eso es vejez, míster Howard. Ya sabe que debe dejar la funeraria.

—Sí; la semana que viene ya no será mía.

Introdujeron el cadáver en el cajón frigorífico y cerraron la puerta metálica.

Un grito mezcla de aullido y rugido se escuchó claramente en la estancia y ambos hombres miraron la tapa del cajón que encerraba el cuerpo de July.

—¿Lo ha oído usted ahora?

—Tonterías, míster Howard. —El embalsamador se echó a reír—. Usted me está contagiando sus alucinaciones.

Y abandonaron la estancia..

—Lo peor, míster Howard, es que la familia no acepta la incineración.

—Sí, no quieren ni oír hablar de eso.

El rugido preñado de rabia volvió a oírse, ahogado por la tapa metálica de un frigorífico para cadáveres.

FIN